

Nuñez de Arce, Gaspar
Quien debe paga.

FELIPE GONZALEZ ROJAS, EDITOR.---MADRID

JOSE MARIA

EL TEMPRANILLO

HISTORIA DE UN BUEN MOZO

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

Cuaderno 17 de 32 páginas.—Precio: UN real

Quien debe paga.

Comedia en tres actos, original y en verso
de

D. Gaspar Nuñez de Arce.

Estrenada con mucho aplauso en el
eatro Español, en el mes de Octubre de 1867.

A MIS QUERIDOS AMIGOS

DON ANTONIO HURTADO Y DON MANUEL CATALINA.

«Salvaron (la comedia QUIEN DEBE PAGA) de un naufragio la versificacion, que no es mala, y la CLAQUE, QUE ERA MUY BUENA, DE LO MEJOR QUE SE CONOCE EN EL GÉNERO.»

(*Injuria estampada por el crítico de* EL DIARIO ESPAÑOL, *en el núm. del* 19 *de Octubre de* 1867.

Vosotros que sabeis cómo desgarra
la envidia ruin al pecho que la siente;
cómo se enrosca y silba esa serpiente
que la impotencia al corazon amarra:
Que conoceis á fondo cómo narra
los hechos, cómo insulta y cómo miente,
con torpe lengua y venenoso diente,
deshonrando la crítica de Larra.
Qué habeis visto el rencor con que se expresa,
quizás porque algun dia tuvo el tino
de rechazar sus obras una Empresa:
¿No aprobais que, cumpliendo su destino,
fije y exponga su intencion aviesa,
como un padron de triunfo en mi camino?

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

ACTO PRIMERO.

Salon elegantemente amueblado. Puertas laterales y una en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

D. CARLOS, D. MIGUEL.

CARLOS. ¡Nada! Si no puede ser.
MIGUEL. Pero hombre...
CARLOS. Parece un sueño.
¡Si habrá formado el empeño
de arruinarme esa mujer!
Vaya que tiene la niña
unos humos de princesa...
MIGUEL. Y hace bien!
CARLOS. No es mujer esa.
Es un ave de rapiña.
¡Qué intencion de Barrabás!
¡Ay, Miguel, si tú supieses!...
Me ha gastado en cuatro meses
nueve mil duros ó más.
Entre joyas, el servicio
de casa, su parentela,
y á más, una carretela
para pasear el vicio,
—que la mujer sin virtud

ni goza ni está contenta,
como con su propia afrenta
no insulte á la multitud,—
tales perjuicios me irroga
que ya mi paciencia estalla.

MIGUEL. Compra el aderezo y calla.

CARLOS. ¡El aderezo? una soga
es mejor para extinguir
de su torpe vida el brillo.

MIGUEL. ¡Que moral es un bolsillo (Con sorna.)
cuando no se quiere abrir!

CARLOS. ¡Hombre, sin duda prefieres
que ese cándido embeleso
me desplume...

MIGUEL. Si por eso,
solo por eso la quieres.
¿Qué otra causa puede haber?
¿Será amor? Nunca lo ha sido.
Yo te he visto arrepentido
de engañar á tu mujer,
y confesando tu error
decir con profunda pena:
—Si solo á mi pobre Elena
tengo verdadero amor.—
¡Mas ¿quién resiste al influjo
de la moda? ¿Acaso olvidas
que hoy se sostienen queridas
como un objeto de lujo?
Con cómica indignacion
te quejas porque pasea
la escandalosa librea
de su infamia... ¡Hipocriton!
¿Á quién engaña tu ardid?
pues si para eso la tienes.
Para que arrastre tus trenes
por las calles de Madrid.
Cuando con gentil arreo
y en su linda carretela,
sale al Prado siendo espuela
y excitacion del deseo.
¡Vamos! Sé franco. ¿No goza
tu corazon, porque ves

que dice el mundo:—¡Esa es
la querida de Mendoza?
¿No te complace el empeño
conque la admira y alaba?
Si en el fausto de la esclava
se da á conocer el dueño.

CARLOS. No negaré...

MIGUEL. Es la verdad.
Todos hacemos lo mismo.
¿Quién penetra en el abismo
de la humana vanidad?
Nos hacen gastar muy buenos
duros... Pero no me espanto.
No las buscáramos tanto
si ellas nos costasen ménos.

CARLOS. Cierto que á la ostentacion
todos rendimos tributo...

MIGUEL. ¿Quién lo duda?

CARLOS. No discuto:
digo que tienes razon.
Somos de tan buena pasta,
y tan bobos, que en el dia
aun la honradez se confia
en quien más triunfa y más gasta.
¿Qué no podré yo contar
sobre esto si soy banquero?
Para que afluya el dinero
como un rio, como un mar,
no hagas ningun sacrificio,
á tu placer te despacha,
porque el vulgo se emborracha
con los vapores del vicio.
Mas ya no quiero seguir
la corriente, y ménos cuando
noto que me va cansando
este modo de vivir.
Ni pasion alguna siento,
ni me sujeta un capricho;
la vanidad, tú lo has dicho,
me cegó por un momento.
Ya es cuestion de suma y resta,
chico, y la cuenta no sale

entre lo poco que vale
y lo mucho que me cuesta.
Tú no puedes comprender
el extremo á que he llegado.
Mi querida por un lado,
por el otro mi mujer,
¡mi mujer, ántes tan buena...
Mas yo me declaro reo.
Yo he despertado el deseo
de esta existencia en mi Elena.
Yo con el miedo cerval
de que mi desliz notara...
Aunque si bien se repara
tú tienes la culpa...

MIGUEL. (Sorprendido.) ¿Hay tal?
¿Yo?

CARLOS. Tú!

MIGUEL. Pues tanto mejor
si estás hoy arrepentido.

CARLOS. No te burles, siempre has sido
mi demonio tentador.

MIGUEL. ¡Buen cargo!

CARLOS. Pero te advierto
que voy á cambiar de vida
desde ahora mismo...

MIGUEL. ¡Ah! suicida.

CARLOS. Que el órden...

MIGUEL. (Interrumpiéndole.) Te doy por muerto.
Sin duda piensas volver,
rotos los antiguos lazos,
á los cariñosos brazos
de tu engañada mujer.

CARLOS. ¿Por qué no, si ya me pesa
la mala vida que traje?

MIGUEL. ¡Y suprimir el carruaje,
y el desórden de tu mesa,
y hacer una gran rebaja
en tus gastos... ¡Pobre loco! (Con lástima.)

CARLOS. Pues claro.

MIGUEL. Y dentro de poco
no queda un real en tu Caja.
Ya verás, y no te rias,

ya verás cómo te luces
cuando sepan que introduces
en tu casa economias.
Cuando la turba que gana
con tu fausto y tu derroche,
diga:—ya despidió el coche.—
—Ya riñó con la Fulana.—
—Pues esto misterio encierra.—
—Pues no debe andar muy bien.—
¡Ay! vas á armar un belen
que dará contigo en tierra.
La gente que en tí fió,
vendrá transida de miedo...

CARLOS. ¿Es decir que ya no puedo
retroceder?

MIGUEL. (Con calma.) ¿Por qué no?
¿Quién te impide que te arruines
si es á tu gusto?...

CARLOS. (Vacilando.) Es que empiezo
á ver...

MIGUEL. Compra el aderezo
y déjate de latines.

CARLOS. (Examinando la cuenta.)
¡Tres mil duros!... No ha lugar,
primero me tuestan vivo!

MIGUEL. (Mirándola tambien por encima del hombro de Cárlos.)
Y está á tu nombre el recibo...
¡chico, no hay mas que pagar!

CARLOS. Hoy, aunque quiera, es el caso... (Confuso.)

MIGUEL. ¿Por eso son tus apuros? (Tomando la factura.)
¡Dame! Aun tengo tres mil duros
para sacarte del paso.

CARLOS. ¡De ningun modo! Jamás.
No esperes que lo consienta.

MIGUEL. Conque añade á nuestra cuenta
esos tres mil duros más.

CARLOS. Es mucho...

MIGUEL. ¡Cuánto has cambiado!
¡Vaya una tacañeria!
Cualquiera sospecharia
que estabas, chico, arruinado.

CARLOS. (Contrariado.) ¡Extraña suposicion!

(No haga el diablo ,si resisto,
que se escame...) ¡Vive Cristo
que vas teniendo razon!
Mañana pienso tronar
con Petra, y esto me obliga.
Paga: no quiero que diga
que me marcho sin pagar.
Ya ajustaremos mas tarde
nuestras cuentas.

MIGUEL. Está bien.

CARLOS. ¡Y hasta el fin del mundo, amen,
Dios de estas hembras nos guarde!
Aburrido estaba ya
del peso de mi cadena.
¡Ya no más!

MIGUEL. ¡Silencio! Elena!

CARLOS. ¡Mi mujer!

MIGUEL. (Viéndola aparecer.) (¡Qué hermosa está!)

ESCENA II.

DICHOS, ELENA, BLANCA, UN JOCKEY, que las acompaña hasta la puerta.

MIGUEL. (Saludando.) Señoras...

ELENA. (Tendiéndole la mano.) Adios, Reinoso.
(Al Jockey, que desaparece despues de recibir la órden.)
Ya lo sabes: di á Benito
que tenga dispuesto el coche
para esta tarde á las cinco,
y vuelve despues aquí.

CARLOS. De dónde venis?

BLANCA. Venimos
de correr tiendas...

ELENA. Por cierto
que hay abundante surtido
de encajes, cintas y telas,
todas de un gusto esquisito.
Y luego los comerciantes
muestran con tanto artificio
sus géneros, que nos sacan

el dinero sin sentirlo.

BLANCA. Bien hecho; y cuando tropiezan
con seres antojadizos
como tú, mucho mejor.

ELENA. Vaya! la tomas conmigo?

BLANCA. No hay tela que por extraña
no te agrade, no hay capricho
que no excite tu deseo;
y si el comerciante es listo
te lleva el doble por todo.

MIGUEL. ¡Hace bien! ese es su oficio.

CARLOS. Y qué habeis comprado?

ELENA. Nada!
Unos cortes de vestido
baratos, siete mil reales
los dos; pero son muy lindos.
Ya verás...

CARLOS. (Irritado.) (Es imposible
soportar!...)

MIGUEL. No dirás, chico,
que eso es mucho...

CARLOS. (Con enojo mal disimulado.) Cierto. (Como
no paga es muy desprendido.)

MIGUEL. Y usted, Blanca, no ha comprado
nada?

BLANCA. Nada necesito.

MIGUEL. ¡Claro! Cuando se reunen
tantas gracias y atractivos,
la sencillez elegante
suele prestarles más brillo.

BLANCA. Es usted muy lisonjero.

MIGUEL. No tal.

CARLOS. (Á Elena, observándolos.)
(Siempre tan rendido!...
Me parece que la quiere.

ELENA. No diré...

CARLOS. (Insistiendo.) Pues los indicios...)

BLANCA. Quieres algo? (Á Elena.)

ELENA. No.

BLANCA. Pues mira,
voy á dejar este lio
en tu gabinete.

ELENA. ¡Bueno!
BLANCA. (Despidiéndose.)
Hasta despues,
(Miguel se queda distraido viéndola salir.)
CARLOS. (Observándolo, á Elena.) Cuando digo...

ESCENA III.

CÁRLOS, MIGUEL, ELENA.

ELENA. Pobre Blanca! una muchacha
tan formal, nunca se ha visto...
CARLOS. Y habeis gastado el dinero
en telas?
ELENA. Vamos, me explico
la pregunta. ¡Si conozco
tu intencion! Habrás creido
que me he olvidado de tí.
¡Pues no hay tal!
CARLOS. (Asustado.) (Ábrete, abismo.)
ELENA. Á que no aciertas la joya
que te he comprado...
CARLOS. No atino
ni es fácil. ¿Una cadena?
ELENA. No es eso.
CARLOS. ¿Quizá un anillo?
ELENA. Tampoco.
CARLOS. ¿Un par de gemelos?
ELENA. No fuera regalo digno
de tí. Una botonadura
de diamantes...
CARLOS. (Alterado.) No la admito.
Eso es tirar el dinero
sin prevision y sin juicio.
ELENA. Te incomodas?... (Picada.)
CARLOS. Me parece...
MIGUEL. No lo extraño. ¡Al fin marido!
Cuando debiera encantarle
esta prueba de cariño...
CARLOS. (Irritado.)
¡Hombre!
MIGUEL. (Con la mayor imperturbabilidad.)

¡La verdad!

ELENA. (Sentida.) Si siempre
ha sido ingrato y arisco.

MIGUEL. Pues si das en ser tacaño,
de qué te sirve ser rico?
No te conozco. Antes era
tu genio ménos esquivo,
y ahora... parece que tienes
seco y exahusto el bolsillo.

CARLOS. (Contrariado.)
(Otra vez.) Qué cosas dices
tan singulares! Si riño,
no es porque gaste mi Elena
lo que es suyo. Me lastimo
de que compre para mí
joyas que nunca utilizo.
Si hubiese sido siquiera
para ella, fuera distinto...

ELENA. Sí, sí! discúlpate...

CARLOS. Sabes
que ni exagero ni finjo,
y que siempre...

ELENA. (Resentida.) ¡Vaya un modo
de estimar el sacrificio
que acabo de hacer...

CARLOS. (Con sorpresa.) No acierto...

ELENA. ¡Si eres desagradecido!

MIGUEL. Ves lo que te pasa?

ELENA. Cuando
por obsequiarle me privo
de una pulsera preciosa...

MIGUEL. ¡Y tienes valor de oirlo!

CARLOS. (Con ira.)
Tú tambien!

ELENA. ¡Así son todos!

MIGUEL. ¡Nada! Puesto que mi amigo,
lleno de amoroso celo
se enfada, segun ha dicho,
porque usted con una noble
generosidad que admiro,
se sacrifica por él,
verá usted como concilio

los ánimos.

ELENA. (Sonriendo.) Me parece,
Reinoso, que no es preciso.

MIGUEL. (Á Cárlos.)
Vas á comprar la pulsera.

CARLOS. (Con sorpresa.) Pero...

MIGUEL. (Interrumpiéndole.) Asunto concluido.

ELENA. Si Cárlos es tan amable
que se empeña, me resigno
á aceptarla...

CARLOS. (Fuera de sí.) (¡Se resigna!
Tendré que pegarme un tiro.)

MIGUEL. ¿Qué ha de hacer? ¡Pues no faltaba
más! No le queda otro arbitrio.

CARLOS. (Furioso.)
(¿Á que le extrangulo?) Luego
veremos...

MIGUEL. ¡Quita! Ahora mismo.
Voy á pagar cierta cuenta
á Samper, y de camino
le diré...

CARLOS. (Queriendo detenerle.) No te incomodes...

MIGUEL. ¡Pero hombre! ¿has perdido el juicio?
(Aparté de tu cabeza
la tormenta.)
(Saliendo precipitadamente.)

CARLOS. (Procurando detenerle.) Te suplico...

ESCENA IV.

CÁRLOS, ELENA.

CARLOS. Espera.—¡Suerte tirana!
y se va sin escuchar.

ELENA. (Sorprendida.) ¡Qué dices!

CARLOS. (Fuera de sí.) Que esto es tirar
la casa por la ventana.
Que vamos por mal camino
con tanta exigencia tuya,
y que es fácil que concluya
mi vida en San Bernardino.

ELENA. (Con asombro.)

¡Dios mio! No te comprendo.
¿Te has vuelto loco? qué pasa?

CARLOS. Que este malgastar sin tasa
me va arruinando y perdiendo.
No hay en el mundo caudal
que baste á tanto desfalco.
—¡Ni el de Monte-Cristo!—Palco
en el Príncipe, en el Real,
conciertos, bailes... ¡Muy bien!
¿Quién no estalla de alegria?
Y un vestido cada dia,
y cada semana un tren,
y mesa donde socorra
la necesidad y el hambre,
ese numeroso enjambre
que vive en Madrid de gorra;
que toda funcion comienza
y en todas partes está,
gente que se pone el frá
y se quita la vergüenza.
¡Qué mayor satisfaccion
que lucir el lindo talle
en el teatro, en la calle,
en la iglesia, en el salon,
y no carecer de nada,
y vivir entre oro y seda,
aunque el marido no pueda
con esta carga pesada,
y luche consigo mismo,
cada vez más agobiado,
y se sienta arrebatado
por la atraccion del abismo?
¿Puede haber vida mejor?
(Reparando en Elena.)
—Mas, ¿qué es esto? Tú llorando?...

ELENA. ¿Qué he de hacer, si me estás dando
la medida de tu amor?

CARLOS. Pero ¿qué tiene que ver
el cariño?...

ELENA. No solias
en más venturosos dias
hablar así á tu mujer.

¡Nunca lo hubiera creido!
¡Ay, en cuántas ocasiones
fue causa de disensiones
mi carácter encogido!
¡Cuántas me hiciste llorar!
Cuántas me dijiste:—«¡Elena,
tanta modestia es muy buena,
mas me pone en mal lugar.
—Dirán que soy un tacaño.—
No reparaste en Irene
ayer? Pues su esposo tiene
treinta mil reales al año.
—Nuestra sociedad es esa.—
¿No ves que visten ahora
la criada, de señora,
la señora, de princesa;
que quien más gasta más brilla,
que no hay más Dios que el dinero?
¡y tú, mujer de un banquero,
vas como una modistilla?...»

CARLOS. (Desesperado.)
Vamos, Elena, ¿ahora sales
con eso?

ELENA. Pero hoy te altera
la compra de una pulsera
que no llega á dos mil reales!
¡Cárlos, qué mudado estás!

CARLOS. ¡Deja esas necias manias!

ELENA. ¡Ay, entónces me querias,
y hoy...

CARLOS. (Con ardor.) ¡Te quiero mucho más!
¿No lo observas? No lo ves?
Ojalá en mi amor profundo,
tuviera el oro del mundo
para arrojarlo á tus pies!
No puedes dudar de mí;
mas los tiempos han cambiado...

ELENA. (Con amargura.)
Lo sé...

CARLOS. (Con desesperacion.)
¡Si estoy arruinado!

ELENA. (Con terror.)

Tú, arruinado!...

CARLOS. ¡Elena, sí!
Quise por no darte enojos
ocultarlo, mas ¿quién calla
si es fuego el dolor que estalla
por la lengua ó por los ojos?

ELENA. ¡Tú arruinado! (Consternada.)

CARLOS. Mis apuros
son grandes. Casi me atrevo
á decírtelo. ¡Hasta debo
á Miguel treinta mil duros!

ELENA. (Apurada.)
Si no merezco perdon.
¡Aborréceme! Yo he sido
quizá quien te ha reducido
á tan triste condicion.
¡Soy una loca!

CARLOS. (Procurando calmarla.) No tal.
No es justo que te condenes
sin razon!—¿Qué culpa tienes
de que la plaza esté mal?
La inquietud que nos trabaja
y que es cada vez más honda,
hace que el oro se esconda
y que el crédito esté en baja.
Donde no hay paz, no hay dinero;
que este ciego y loco afan,
al menestral roba el pan
y la fortuna al banquero.
Nadie en los disturbios gana,
ni siquiera el vencedor;
que el órden es el motor
de la actividad humana.
Y una vez interrumpido
su impulso, si no camina,
lo mismo alcanza la ruina
al vencedor que al vencido.
Esta inquietud basta y sobra
para explicarte mi estado,
que en un mar alborotado
la mejor nave zozobra.

ELENA. Oh! no quieras disculpar

mi locura...

CARLOS. En otros dias
gastabas, porque podias
impunemente gastar.
¿Por qué no? Si no soy de esos
doctores de contrabando,
que estan siempre predicando
contra el lujo y sus excesos.
Y es que me parece absurdo
que nuestra virtud consista
en que la gente se vista
de bayeta y paño burdo.
Siempre que el dinero sobre,
la ostentacion justifico,
pues sé que el lujo del rico
enciende el hogar del pobre.
Pero hoy, á decir verdad,
tan contrariado me veo,
que se opone á mi deseo
la dura necesidad.
Si nuestra suerte mejora...

ELENA. (Cada vez más apurada.)
No es posible que consigas
calmarme.

CARLOS. Atiende...

ELENA. No digas:
soy una derrochadora.

CARLOS. No tal!

ELENA. Mi culpa es muy grande.
Yo buscaré la manera
de devolver la pulsera
cuando Samper me la mande.
Y Miguel, que echó á correr
sin oir... ¿Cómo le aviso?

CARLOS. No te apures...

ELENA. Es preciso
cambiar de vida...

CARLOS. ¡Mujer!

ELENA. Voy á vender en secreto
mis joyas.

CARLOS. Mas considera...

ELENA. Nada digas. ¡Bueno fuera

que estando tú en ese aprieto
faltase á mi obligacion!
CARLOS. Pero mujer ¿estás loca?
ELENA. Sé muy bien lo que me toca
hacer en esta ocasion.
Tengo pensado mi plan;
me parece que hay motivo...
CARLOS. Pues yo, Elena, te prohibo...

ESCENA V.

DICHOS, ROMAN.

ROMAN. Llego á buen tiempo.
(Saludando afectuosamente á Elena.)
CARLOS. (Saliendo á su encuentro.) ¡Roman!
ROMAN. Pensé, chico, no encontarte,
y me hubiera contrariado
tu ausencia...
CARLOS. (Inquieto.) ¿Pues qué ha pasado?
ROMAN. Tengo precision de hablarte.
CARLOS. Ya sabes el interés
que en tus negocios me tomo.
ELENA. (Despidiéndose.)
¡Vaya! dejo á ustedes...
ROMAN. (Sorprendido.) ¿Cómo?
¿se va usted?
ELENA. (Á su marido.) Hasta despues.
ROMAN. No ofrece dificultad
que usted nos oiga...
CARLOS. Bien puedes
quedarte...
ELENA. No; dejo á ustedes
en completa libertad.

ESCENA VI.

D. CÁRLOS, D. ROMAN.

CARLOS. Ya estamos solos, qué pasa?
tú me dirás...
ROMAN. Voy al punto,
á enterarte del asunto

que me tráe hoy por tu casa.
Y sé que no vengo en vano
á consultarle contigo,
que eres mi mejor amigo...
¿Qué amigo? casi un hermano.

CARLOS. En gran cuidado me pones.
¿Te ha salido mal alguna
empresa...

ROMAN. No; por fortuna
van bien mis operaciones.
Mis negocios son seguros
y meditados. No vendo
mucho, pero voy viviendo,
gracias á Dios, sin apuros.
No te diré que me sobre,
aunque á fé de comerciante,
he logrado lo bastante
para no pasar por pobre.
Hoy busco tu proteccion
en un asunto sencillo
que no afecta á mi bolsillo,
pero sí á mi corazon.

CARLOS. ¡Chico!

ROMAN. Por más que te alarme
mi confesion, he pensado
mudar muy pronto de estado.

CARLOS. ¡Qué dices!

ROMAN. Pienso casarme.

CARLOS. Tú...

ROMAN. ¿Qué te extraña? Soy jóven,
y ya no quiero, en resúmen,
patronas que me desplumen,
ni criadas que me roben.
Ya busco la paz del alma
y el amor de una mujer...

CARLOS. ¿Y qué tengo yo que ver
con eso?

ROMAN. Escucha con calma,
y cuando acabe de hablar
veremos si te interesa.

CARLOS. Voy de sorpresa en sorpresa.
¿Con quién te quieres casar?

ROMAN. Juzgo que en esta ocasion,
la buena amistad me obliga
ante todo, á que te diga
cuál es hoy mi posicion.
Aunque, de fijo, mi historia
no habrás echado en olvido,
recordaré que he nacido
en los pinares de Soria.
Nací pobre y me crié
como no tienes idea,
y en la escuela de la aldea
me enseñaron cuanto sé.
Mis buenos padres me hicieron
hombre de bien ademas.
No pudieron darme más;
¡harto los pobres me dieron!
Casi en mis primeros años,
y no sin llorar á mares,
dejé los paternos lares
en busca de los extraños.
Y así, ignorándolo todo,
y cerril como una fiera,
entré en tu casa de hortera.
—No me desdora el apodo.—
En tu casa me pulí
por cierto, no sin fatiga.
Tu padre, ¡Dios le bendiga!
lo fué tambien para mí.
Él, con su genio formal,
me enseñó, te lo aseguro,
á hacer de un céntimo un duro,
y de un duro un capital.

CARLOS. ¿Qué quieres decir con esto?
No sé... (Confuso.)

ROMAN. Bien sé lo que digo.

CARLOS. Pero...

ROMAN. Mi historia prosigo:
perdona, que acabo presto.
Juntos vivimos los dos,
en buena paz y armonia,
hasta que tu padre un dia
rindió su espíritu á Dios.

Entónces tú, con hacienda,
libre y bien relacionado,
dejaste el comercio á un lado
y me cediste la tienda.
—Bien hiciste.—Yo seguí,
y de ello no me avergüenzo,
midiendo varas de lienzo,
de muleton y organdí.
Y de esta manera, en suma,
con fé, constancia y trabajo,
yo que vengo de tan bajo,
me elevé como la espuma.
Y he podido realzar
mis sueños de oro, y ahora
es mi madre la señora,
¡la señora del lugar!
Cuarenta años no he cumplido,
y tengo, segun mi cuenta,
nueve mil duros de renta.
¿Te parezco un buen partido?

CARLOS. Hombre...

ROMAN. Despues de esta franca
confesion, vamos al grano,
hoy solicito la mano...

CARLOS. (Sorprendido.)
¿De quién?

ROMAN. De tu hermana Blanca.

CARLOS. ¿De mi cuñada?

ROMAN. Sí tal.

CARLOS. ¡Qué callado lo tenias?...

ROMAN. Ve si ofrecen garantias
mi honradez y mi caudal,
y decide...

CARLOS. Tu eleccion
me satisface en extremo...

ROMAN. Gracias, Cárlos...

CARLOS. (Con pena.) Pero temo
que has perdido la ocasion.
¿Hablaste con Blanca?

ROMAN. Chico,
¡la verdad! me infunde miedo...
En su presencia me quedo

embobado, y cierro el pico.
Mas siento aquí un escozor,
un... ¡Es tan cándida y bella!

CARLOS. ¡Ay, Roman! Sospecho que ella
tiene otro amor.

ROMAN. (Con hondo abatimiento.) ¡Otro amor!
Mi dulce esperanza, has muerto.
¿Y quién es el venturoso?...

CARLOS. ¿Quién? Don Miguel de Reinoso,
quizás; pero no estoy cierto.

ROMAN. (Alarmado.) ¡Reinoso! No se la des.
Grave riesgo la amenaza.

CARLOS. (Maravillado.)
¿Y por qué?

ROMAN. Si está la plaza
llena de sus *pagarés.*

CARLOS. (Con inquietud.)
¿De sus pagarés?

ROMAN. Ninguna
duda tengo...

CARLOS. Pero observa...

ROMAN. ¡Nada! Si apenas conserva
los restos de su fortuna.

CARLOS. La enemistad te hace ver
visiones. Te han engañado.

ROMAN. Sostengo que está arruinado.

CARLOS. Digo que no puede ser.
(Con temor.) (Pues si es cierto, estoy lucido.)
Pero, en fin, sigue adelante,
no quieras sin ser amante
llegar de un salto á marido.
Tal vez sin razon sospecho;
pregunta, averigua, inquiere,
que si Blanca te prefiere
me daré por satisfecho.
Mira, aquí viene...

ROMAN. (Asustado.) ¿Y te vas?
pero si no me resuelvo...

CARLOS. Yo voy á la Bolsa. Vuelvo
pronto. Despues me dirás...

ESCENA VII.

ROMAN, luego BLANCA.

ROMAN. ¡Oye?—Nada! Se marchó,
¡y ella aquí! Pues es preciso
salir de este compromiso...
Pero ¿cómo? Qué sé yo?
En su presencia me atranco,
vacilo y no sé qué hacer.
Y urge el tiempo... ¡Es menester
errar ó quitar el banco!
No puedo seguir así.

BLANCA. Adios, Roman... (Acercándose.)

ROMAN. (Confundido.) Señorita,
me alegro... (¡Es que está bonita?)

BLANCA. ¿Ha salido Cárlos?

ROMAN. Sí.
Y aprovecho este momento
para decirla...

BLANCA. (Con alegria.) (¡Ya es mio!
Habla al fin...)

ROMAN. (Aturdido.) Que tengo un frio
horrible...

BLANCA. (Irónicamente.) Mucho lo siento.
Compadezco el infortunio
de usted; pero no lo extraño.
¡Quién sabe! Quizás este año
el invierno caiga un Junio.

ROMAN. (Desesperado.)
¡Se burla!—¡Maldito sea
mi carácter singular!...
(Blanca hace ademan de salir.)
Dónde va usted...

BLANCA. (Riéndose.) Á mandar
que enciendan la chimenea.

ROMAN. ¡Ay, Blanca! por compasion.

BLANCA. (Fingiendo extrañeza.)
¿Qué tiene usted?

ROMAN. ¡Nada! nada!
Es que tengo concentrada

la vida en el corazon.
Há tiempo que llevo aquí
tan inextinguible fuego,
que ni vivo ni sosiego,
ni sé qué pasa por mí.
Todo lo hago del revés,
no hay pena que no me abrume,
y el afan que me consume,
¿qué es si no amor? Amor es.

BLANCA. (Con gozo.) ¡Ah!

ROMAN. Tan hondo es mi cariño
que cuando á mi amada veo,
¡torpe de mí! Balbuceo
y me aturdo como un niño.
¡Oh! Si una vez me atreviera,
con qué placer la diria!
¿Quieres ser esposa mia?
¿Quieres ser mi compañera?
Habrá alguno, no lo dudo,
que con más ardor se exprese.
Mi amor, por más que me pese,
es tan intenso que es mudo.

BLANCA. ¡Mudez más particular
que la de usted! ¡Quién diria!...
No sé qué sucederia
si rompiese usted á hablar.
Noto que está usted mejor,
que el temblor desaparece...

ROMAN. ¡Ay, Blanca! Es que me parece
que voy entrando en calor.

BLANCA. Si es esta una confianza,
hágala usted por completo.
¿Quién es el dichoso objeto
en quien cifra su esperanza?

ROMAN. ¿Quién? usted no lo adivina?
No sabe quién puede ser
la encantadora mujer
que me turba y me fascina?
¿No comprende usted al cabo
quién es?

BLANCA. (Agitada.) No...

ROMAN. No es usted franca.

Es usted, hermosa Blanca,
usted sola...

ESCENA VIII.

DICHOS y MIGUEL, despues de haber oido los últimos versos desde la puerta del foro.

MIGUEL. (Riéndose y aplaudiendo.) ¡Bravo! Bravo!
BLANCA. (Espantada.) Ay!
ROMAN. (Con ira.) ¡Es pesada la broma!
BLANCA. (Debo estar como una grana.)
Adios. (Huyendo, y aparte á Roman.)
(Vuelva usted mañana.)

ESCENA IX.

ROMAN, MIGUEL.

MIGUEL. Ya se espantó la paloma.
ROMAN. Me parece impertinente
la salida...
MIGUEL. Es un azar.
¿Quién se pone á requebrar
por donde pasa la gente?
ROMAN. (Oh, no hay duda. Este bribon
la solicita, y por eso
me ha interrumpido...)
MIGUEL. Confieso
mi inocente indiscrecion.
No piense usted que le injurio
al decirle que he tenido
gran placer, viendo á Cupido
en los brazos de Mercurio.
ROMAN. Lo comprendo. No hablaria
con mayor ingenio, Apolo.
¡Como usted le ha visto solo
en los brazos de la orgía!
MIGUEL. La expresion es algo dura
y osada...
ROMAN. Pues no lo entiendo.
¡Si lo que estamos diciendo

es mitologia pura.

MIGUEL. (Reprimiéndose.)
Es verdad. ¿Quién se incomoda
por esto?

ROMAN. Ni lo merece
el caso.

MIGUEL. (En tono de burla.) Segun parece
no se hará esperar la boda.
¿No es así?

ROMAN. Pudiera ser.

MIGUEL. ¡Oh siglo positivista!
No hay nadie que se resista
á tu omnímodo poder!
Tú has trastornado las bases
del gobierno y del Estado,
tú has confundido y mezclado
razas, sistemas y clases.
¿Qué más se puede decir?
Hoy por distintos caminos
se enlazan los pergaminos
con las varas de medir.

ROMAN. ¡Extraña profanacion!

MIGUEL. Yo no digo...

ROMAN. Pues confieso
que es este el mayor progreso
de la civilizacion.
No ofenderé la memoria
de esos gloriosos patricios
que con sus altos servicios
ilustraron nuestra historia.
Ni he de hacerles el ultraje
de negarles el derecho
de ensalzar, con lo que han hecho,
su apellido y su linaje.
Esto prueba y acrisola
el vigor de las naciones
que honran cien generaciones
con los timbres de una sola.
Ya ve usted que no rebajo
á otras clases, no señor;
mas la nobleza mayor
es la que engendra el trabajo;

que humildes ó poderosos,
en el siglo diez y nueve
solo componen la plebe
los pillos y los ociosos.
Y por eso en mi sentir,
hoy, por distintos caminos,
se enlazan los pergaminos
con las varas de medir.

MIGUEL. (Con tono irónico.)
¡Oh, bien! muy bien. No me espanto
de ese tono decisivo.
Mas ¡qué diablo! No hay motivo
para acalorarse tanto.
Usted toma, y hace mal,
esta cuestion como suya,
cuando es justo que se excluya
de la regla general.
¡Usted vale mucho, amigo!
¡Mucho! quién no lo pregona?

ROMAN. Valgo... segun la persona
que se compare conmigo.
Si es buena, bien educada,
de autoridad y de peso,
al lado suyo, confieso
que valgo muy poco, ¡nada!
Pero si es, por dicha mia,
álguien que gasta y derroche
dándose al vicio de noche
y á la ociosidad de dia,
y siendo en intrigas ducho,
y en sus tratos poco fiel...
Oh! comparado con él,
¿quién lo duda? valgo mucho.

MIGUEL. (¡Vaya, que tiene intencion
el tenderillo!...) Concedo,
porque no me importa un bledo
esta inútil discusion.
Dirá usted que es egoismo;
mas soy tan indiferente,
que si he de hablar francamente,
me importan todas lo mismo.
Cada loco con su tema.

El mio, gracias á Dios,
es este... ¡Diablo! las dos,
(Mirando el reló.)
y me estoy con tanta flema...
¡Estará bueno el marqués!
¿Si se aguará la partida?
Voy, voy á ver en seguida
á Cárlos...
(Dirigiéndose hácia la puerta de la izquierda.)

ROMAN. Difícil es.

MIGUEL. ¿Cómo? (Sorprendido,)

ROMAN. Acaba de salir.

MIGUEL. Lo siento. ¡Mal haya sea
mi memoria... (Ah, brava idea.
Este me puede servir...)
Reniego de mi cachaza
y de mi... ¿usted lo verá
luego?...

ROMAN. (Secamente.) No sé...

MIGUEL. (Contrariado.) ¡Voto va!
¿Á que no salgo de caza?
Necesito hablar con él
y ya es tarde... ¡Es lo mejor!
Va usted á hacerme el favor
de entregarle este papel.

ROMAN. Yo? (Con sorpresa.)

MIGUEL. (Dándole la factura.)
Sí. No es nada, ¡un encargo!
¡Antojos de su mujer!
un recibo de Samper...

ROMAN. (Tomando la factura.)
Si es eso...

MIGUEL. Gracias.—Me largo.—
Querrá dejar satisfecha
la exigencia femenina.
Adios.—(¡Ya cargué la mina!
Si Roman será la mecha?)

ESCENA X.

ROMAN.

Me he despachado á mi gusto.

Pues, señor, estoy contento.
Si es mi rival.—Imposible
que Blanca... ¡Vamos! No creo...
¡Es tan dulce la esperanza
que abrigo! Cuando recuerdo
su mirada cariñosa,
su casto rubor, su acento,
y aquel *vuelva usted mañana*,
que dejó escapar huyendo...
¡No hay duda, Roman amigo.
Estás en el derrotero
de tu dicha... Oh! Quién pudiera
apresurar el momento...
¡Mañana!...

ESCENA XI.

ROMAN, ELENA.

ELENA. Aquí todavia,
Roman?
ROMAN. ¡Ay, Elena! Temo
volverme loco...
ELENA. (Sorprendida.) Me asusta
usted, ¿qué ocurre?
ROMAN. No quiero
ocultarla á usted mi dicha,
mis ilusiones, mis sueños...
Amo á Blanca... La idolatro.
¿Á qué negar un afecto
que llena toda mi vida?
ELENA. La confesion agradezco,
aunque para mí no es nueva.
ROMAN. ¿Lo sabe usted? Segun eso,
Blanca...
ELENA. Mi hermana no tiene
para mí ningun secreto.
ROMAN. (Con ahinco.)
¿Y puedo esperar?...
ELENA. (Con ironia.) ¡Qué amante
tan preguntón! Ya veremos.
¡Mañana!...

ROMAN. No he dicho nada.
Bien está, callo y espero.

ELENA. Ahora entro yo, usted podria
servirme. Tengo un empeño
singular...

ROMAN. Pues por mi parte
á complacerla me ofrezco.

ELENA. (Afectada.)
Fácil es que entre sus muchas
relaciones de comercio
conozca usted... (No sé cómo
decírselo) á algun joyero...

ROMAN. (Interrumpiendola.)
No siga usted. Está andado
todo...

ELENA. (Maravillada.)
¡Todo! No comprendo...

ROMAN. Pues no es difícil. Mi amigo
Cárlos, siempre tan dispuesto
á adivinar sus menores
caprichos y sus deseos,
ha comprado ya las joyas
que usted queria.—¡Es muy bueno
y amable!...

ELENA. (Contrariada.) (Cuando pensaba
dar á vender...)

ROMAN. (Sacando la factura) Aquí tengo
la prueba. Esta es la factura
de Samper...

ELENA. (¡Qué contratiempo!)

ROMAN. (Leyendo.)
¡Es buen regalo! «Tres mil
»duros por un aderezo.»

ELENA. (Arrebatándole el papel con violencia.)
Á ver... (Pues no es la pulsera...
¡No es la pulsera! ¿Qué es esto?)

ROMAN. (Observándola con curiosidad creciente.)
(Si la impide hablar el gozo.
¡Mujer al fin!)—¡Noble ejemplo
de cariño!—Esto se llama
ser un marido modelo.

ELENA. (¡Si no vuelvo de mi asombro!

¡Si estoy viéndolo y no acierto
á expl icármelo!)

ROMAN. (Regocijado.) (¡Está visto!
se emboba pensando en ello.)

ELENA. Cómo ha llegado esta cuenta
á manos de usted? Le ruego
que nada me oculte, ¡nada!

ROMAN. (Con sencillez.)
¿Para qué, si no hay misterio?
Reinoso. que ha estado aquí,
me la ha dado, hace un momento,
para Cárlos...

ELENA. (¡El asunto
parece cosa de juego!)

ROMAN. Désela usted, es lo mismo.—
No quiero ser más molesto.
Adios. Volveré mañana. (Con intencion.)
Elena, á usted me encomiendo.

ESCENA XII.

ELENA, sola, mirando la factura.

«Tres mil duros...» Y me dice
que está arruinado, y que el peso
de nuestros gastos le abruma...
Ó esto es falso ó no lo entiendo.
(Señalando la cuenta.)
¿Cómo, si es verdad que corre
su fortuna grave riesgo,
cuando más lo necesita,
gasta en joyas su dinero?
No puede ser... ¡Imposible!
Aquí hay error.—Voy temiendo
que Miguel haya abusado
de su amistad.—Si no puedo
creer... (Leyendo nuevamente la factura.)
—¡Y la cuenta es suya!
Aquí está su nombre puesto.—
Tal vez Miguel se ha excedido,
y pensando complacernos,
en lugar de la pulsera

ha comprado... (Rechazando esta idea.)
(Pensativa.) —¡No lo creo!
Pues ello...

ESCENA XIII.

ELENA, CÁRLOS, desalentado, sin reparar en Elena.

CARLOS. No hay esperanza
ninguna... Sigue el descenso
de la Bolsa. ¡Si he vivido
sin prevision, como un necio!
(Sentándose fatigado.)
ELENA. (Acercándose.)
Bien venido.
CARLOS. Adios, Elena.
ELENA. Vengo á reñir...
CARLOS. Te aconsejo
que desistas, si no quieres
añadir más leña al fuego.
Tengo un humor de mil diablos.
ELENA. (Con extrañeza.)
Pues ¿qué sucede?
CARLOS. Que lejos
de aclararse el horizonte,
está cada vez más negro.
La Bolsa sigue bajando,
¿y de qué manera? Pierdo
de dos años á esta parte
cuatro millones y medio.
Y si Dios no pone coto
á este cataclismo horrendo,
tendré que echarme en el surco.
Ya no puedo más. Me entrego.
ELENA. (En tono de reconvencion.)
¿Y cuando, segun parece,
va nuestra fortuna á ménos,
de este modo economizas?
(Presentándole la factura, que Cárlos lee con creciente sobresalto.)
CARLOS. (Espantado.)
¡Ah! (¡Todo se ha descubierto!)

ELENA. ¡Es extraño!

CARLOS. (Cada vez más confuso.) (¡Me ha vendido
el miserable!) Yo...

ELENA. (Notando su agitacion.) Pero
¿qué tienes? Estás turbado...

CARLOS. (Sin poder disimular su terror.)
No creas á ese perverso.
¡Miguel ha mentido! Juro
que es tuyo todo mi afecto.
Que no hay nadie que te robe
mi amor. ¡Es un embustero!

ELENA. (Comprendiéndolo todo.)
¡Madre de Dios! Y he vivido
tan engañada...
(Dejándose caer desfallecida en una butaca.)

CARLOS. (Cada vez más aterrado.) ¡No es cierto!
Si de mi dicha envidioso
ha querido indisponernos,
dando extrañas proporciones
á los más leves sucesos,
no creas una palabra.
¡No le creas!

ELENA. (Levantándose con ira.) ¡Me avergüenzo
de verle á usted en camino
de mentir!...

CARLOS. Yo te prometo...

ELENA. ¡Calle usted! Esto es horrible. (Llorando.)

CARLOS. ¿Lloras?

ELENA. Qué he de hacer, si veo
el engaño y la perfidia
en mi propio hogar viviendo?
¿Qué he de hacer, si al descubrir
tanta infamia y tanto enredo,
no le encuentro á usted siquiera
al nivel de mi desprecio?

CARLOS. (Suplicando.)
Elena!

ELENA. Lo dicho, dicho.

CARLOS. Loca estás!

ELENA. ¡Pluguiera al cielo!
¿Es usted el que hace poco
se quejaba del exceso

de mi lujo, y pretendia
ponerle coto y remedio?
Sin duda el gasto de casa
le agobia á usted, porque ciego
sacrifica su fortuna
ante un ídolo de cieno...

CARLOS. (Espantado.)
¡Oh! no digas... (Si no paga
con la vida...)

ELENA. (Con amarga desesperacion.)
Y yo, creyendo
que era cierta nuestra ruina,
iba á vender... (Fuera de sí.) ¡No, no quiero
pensarlo! Si no me cabe
la indignacion en el pecho!

CARLOS. (Con ansiedad.)
Te aseguro que en la vida...

ELENA. (Con orgullo.)
¡Oh, basta ya! No desciendo
á escuchar explicaciones
de ofensas que no merezco.
Todo acabó entre nosotros.
¡Todo! Nuestro amor ha muerto!

CARLOS. (Consternado.)
¡Elena, Elena!

ELENA. (Marchándose.) ¡Dios mio,
llevo el corazon deshecho!

ESCENA XIV.

DICHOS, D. MIGUEL, apareciendo por la puerta del fondo, en el momento de salir Elena.

ELENA. (Viéndole.)
¡Ah! don Miguel. (Este debe
saber...)

MIGUEL. (Observándolos.) (¡Ya estalló el incendio!)

CARLOS. (Con ira, reparando en Miguel.)
¡Él!

ELENA. (Apresuradamente al pasar junto á Reinoso.)
(Venga usted esta noche.)

MIGUEL. (Saludándola.)

(¿Cuándo?)

ELENA. (Marchándose.) (Á las once le espero.)

CARLOS. (Observándolos, y como herido por una sospecha repentina.)
¡Hablan en secreto!... ¡Ah! torpe
de mí...

ESCENA XV.

CÁRLOS, MIGUEL.

MIGUEL. Presuroso vengo...

CARLOS. (Con odio, interrumpiéndole.)
¡Ya es tarde!

MIGUEL. Le di un recibo
por otro. Deploro el yerro...

CARLOS. ¡Ya es tarde!

MIGUEL. ¿Qué significa
ese tono...

CARLOS. (Con altaneria.) Caballero,
que nuestra amistad se ha roto,
que no es digno de mi aprecio.

MIGUEL. ¡Esas palabras! (Irritado.)
(Reprimiéndose.) Concibo
su pesar y le respeto.
Mas para no importunarle
con mi presencia más tiempo,
usted dirá cuándo quiere
que nuestra cuenta arreglemos...

CARLOS. (Con terror mal disimulado.)
¡Mañana!

MIGUEL. (Secamente.) Está bien. Mañana
volveré á ver al banquero.

ESCENA XVI.

CÁRLOS.

¡Mañana! ¿Cómo le pago?
Hoy se desata el infierno
contra mí. No hay esperanza,
no. Soy su esclavo. ¡Le debo!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, BLANCA.

BLANCA. Has hecho mal.
ELENA. ¿Te parece
que no hay motivo?
BLANCA. No basta
tener razon. Es preciso
saberla tener...
ELENA. (Indignada.) ¡Qué infamia!
¡Ofenderme de este modo!
BLANCA. Tal vez, Elena, te alarmas
sin fundamento.
ELENA. Por eso
quiero cerciorarme.—¡Ay, Blanca!
Haga Dios que nunca sufras
esta pena que me mata,
ni el aguijon de los celos
que el corazon me traspasa.
¡Descender desde la altura
de la dicha! ver trocadas
mis risueñas ilusiones
en realidades amargas!
¡Perder en un solo dia

fé y amor!...

BLANCA. Tén mas cachaza,
y antes de dar ningun paso,
reflexiona, observa, y calla.
No ignoras tú cuán de prisa
la imaginacion avanza,
y que de un grano de arena
suele hacer una montaña.
No tienes la certidumbre
de tu ofensa.

ELENA. ¡Qué bien hablas!
No estuvieras tan tranquila
si en mi posicion te hallaras.
¿Para quién compra aderezos
mi marido? Á quién regala?

BLANCA. Quizá quiso sorprenderte
con un obsequio...

ELENA. ¡Ay, hermana!
¿No ves que se contradicen
sus hechos y sus palabras?
¡Decirme que está arruinado
y gastar en una alhaja
tres mil duros!... Me parece
que el hecho tiene importancia.

BLANCA. ¿Quién sabe? Algun compromiso
de sociedad...

ELENA. ¿Y con tanta
reserva? No, estoy segura,
segura de que me agravia.
¡No le he visto en mi presencia
confuso, sin que acertara
ni á disipar mis recelos
ni á justificar su falta?

BLANCA. No se justifica siempre
la inocencia. Quizá vayas
demasiado lejos. Mira
no te arrepientas mañana.

ELENA. Pues bien; para que no quede
ninguna duda en el alma,
quiero conocer á fondo
su traicion y mi desgracia.
Miguel me dirá de fijo

la verdad...

BLANCA. (Asustada.) Pero repara
que ese paso...

ELENA. (Decidida.) Estoy resuelta.

BLANCA. Pues la prueba es arriesgada...

ELENA. No discuto: será todo
cuanto te diere la gana;
pero á las once le espero.

BLANCA. (Sorprendida.)
¿Que le esperas?

ELENA. ¿Qué te extraña,
si le he citado?

BLANCA. (Asustada.) ¡Estás ciega!

ELENA. Sí, porque estoy agraviada.

BLANCA. Mira, mujer, que es muy sério
lo que intentas. ¡Dar á espaldas
de tu marido una cita!
¿Y á quién?—Voy á serte franca.—
Dirás que soy cavilosa,
y que ya mi perspicacia
es ridícula; mas creo
que no voy descaminada...

ELENA. ¿En qué?

BLANCA. Sospecho que ese hombre
ha venido aquí con mala
intencion, y que conviene
tenerle siempre á distancia...

ELENA. (Dudosa.)
¿Te ha requerido de amores?
¿Te ha dicho acaso?...

BLANCA. ¿Á mí? Nada.

ELENA. Pues entónces...

BLANCA. (Haciendo señas que expresen la idea.)
¿Qué eso digas?
¿Será posible que no hayas
sorprendido?...

ELENA. (Con incredulidad.) ¡Qué locura!
Hija, tú has visto fantasmas.
¿Á mí?...

BLANCA. (Recelosa.) La verdad malicio...

ELENA. ¿Y qué importa? Aunque abrigara
esos ruines pensamientos,

¿juzgas mi virtud tan flaca?

BLANCA. No; si mi temor no es ese.
Lo que temo es que tus ansias
conozca, y atice el fuego
en vez de atajar la llama.
Y aprovechando el estado
de tu corazon, se valga
de mentirosos ardides...

ELENA. ¿Por ventura soy tan sándia
que no acierto á distinguir
el grano de la cizaña?
No te canses, quiero verle.
Reinoso con Cárlos anda,
y me explicará el misterio
de esa cuenta malhadada.
Mi marido nunca viene
hasta las doce...

BLANCA. ¡Dios haga
que no te arrepientas!...

ELENA. (Escuchando.) ¿Oyes?
Sin duda es Reinoso...

BLANCA. (Yendo á observar.) ¡Aguarda!
(Volviendo asustada.)
¡Es Cárlos!

ELENA. (Sorprendida y disgustada.)
¡Qué contratiempo!
Haz, si puedes, que se vaya.

ESCENA II.

BLANCA, CÁRLOS, que observa la salida repentina de Elena.

CARLOS. (Adelantándose.)
¡Huye de mí!... No, no hay duda.
Ese miserable la ama
y ha querido de este modo
levantar una muralla
entre Elena y yo... ¡Cuán ciego
he vivido!...

BLANCA. (Acercándose.) ¿Qué te pasa?
Estás triste...

CARLOS. (P.seándose.) No.

BLANCA. Qualquiera
diria...
CARLOS. (Sin prestarla atencion.) Si yo encontrara
fondos!...)
BLANCA. (¡Si se descubriese!...)
CARLOS. Mi posesion de Navarra
valdrá... Mas si la hipoteco
y lo saben en la plaza,
voy á acelerar mi ruina...
BLANCA. Óyeme!...
CARLOS. (Con desaliento.) ¡No hay esperanza!
BLANCA. (Acercándose cariñosamente á Cárlos.)
¿Lo ves? Por más que procuras
con esa calma forzada
disimular tu tristeza,
te es imposible ocultarla.
Vamos, ¿qué tienes?—(Acaso
podré conciliar...)
CARLOS. (Con despego.) Aparta.
Nada me sucede.
BLANCA. ¡Es mucho!
Si ya sé...
CARLOS. (Levantándose fuera de sí.)
Qué sabes? Habla.
¿Te ha contado acaso Elena
la traicion de ese canalla
que ha perturbado la dicha
y el sosiego de mi casa?
No es verdad que necesito
para saciar mi venganza
cortar la mano y la lengua
que tales enredos fraguan?
BLANCA. (Temerosa.) ¡Ay, Cárlos!
CARLOS. ¿Y la habrá dicho
ese mal nacido, al darla
la cuenta, que me he olvidado
de mis deberes...
BLANCA. (Queriendo calmarle.) Te exaltas
sin motivo...
CARLOS. Y que estoy muerto
de amor por una *Traviata*.
Exagerando...

BLANCA. (Con angustia.) (¡Dios mio!
¿Con que es cierto que la engaña?)
CARLOS. (Indignado.) ¡No! no! Pero esto puede
quedar así... ¡No faltaba
más! El traidor! Con cien vidas
su torpe intencion no paga.
Le mataré como á un perro.
BLANCA. (Asustada.) (¡Y si llega!... ¡Vírgen santa!
¿Qué hacer?) Estás ofuscado.
Te afirmo...
CARLOS. (Cada vez más airado.) ¿Qué es eso? ¿Tratas
de disculparle? No tiene
defensa accion tan villana.
¡No la tiene!
BLANCA. (Insistiendo.) Sin embargo...
CARLOS. ¿Vas á interceder?...
BLANCA. (Aturdida.) Yo...
CARLOS. (Frenético.) ¡Basta!
BLANCA. (Sobrecogida.)
Bien, me voy... (¡Y esa entrevista!...
Si no sé como evitarla.)

ESCENA III.

CÁRLOS.

¡Qué posicion tan horrible!
Temores, desconfianzas,
la conciencia que me acusa,
los celos que me desgarran.
¡Mal haya el funesto dia
en que me cegué! Mal haya
mi vanidad! Ella ha sido
de mi desdicha la causa.
Vengo de romper el lazo,
que á esa mujer me ligaba.
Pero ¿qué importa? Si es tarde.
Si Elena... ¡Qué inícua trama!
Y quizá Blanca conozca...
He debido preguntarla
si ese hombre... No, no! No quiero.
(Desechando la idea.)

¡Si solo el pensarlo mancha!
Mas, ¿qué hacer?...
(Queda sumergido en profunda pena hasta la entrada de Roman.)

ESCENA IV.

CÁRLOS, ROMAN, muy agitado.

CARLOS. (Reparando en Roman.)
Roman; que es eso?
¿Tú aquí?
ROMAN. Sin duda te extraña
mi intempestiva visita...
CARLOS. Cierto...
ROMAN. Pero es necesaria.
Vengo á decirte que he sido
un... en fin, un tarambana,
y á remediar si es posible
mi culpa...
CARLOS. (Impaciente.) Vamos, despacha.
ROMAN. Perdona mi inadvertencia,
ó di más bien mi ignorancia,
que á haber sabido...
CARLOS. Pero ¡hombre!
me dirás de qué se trata?
ROMAN. Cuando conocí despues
mi torpeza involuntaria,
me hubiera dado de palos
si tengo á mano una estaca...
CARLOS. ¡Dale! (Cada vez más impacientado.)
ROMAN. Perdóname.
CARLOS. (Dominándose.) Mira
que estoy para pocas chanzas!
ROMAN. Lo comprendo.—Mas á todo
dispuesto estoy...
CARLOS. (Con ira.) ¡Tiene gracia!
ROMAN. No hay sacrificio que pueda
serme costoso. Tú mandas.
CARLOS. ¿Te has empeñado en quemarme
la sangre? ¡Si no mirara...
ROMAN. Enfádate: si es muy justo

que riñas...

CARLOS. (Marchándose.) Hasta mañana.

ROMAN. ¿Qué, te vas?

CARLOS. Se me figura
que ya la broma es pesada:
tú charlando por los codos
y yo sin saber lo que me hablas.

ROMAN. (Con sorpresa.)
¿Que no sabes? ¡Esta es buena!

CARLOS. ¿Es por ventura que cámbias
de opinion y ya no quieres
casarte?

ROMAN. (Sentido.) ¡Cosa más rara!
Te haces el desentendido.
¡Bien, muy bien! Quizá te enfada
que hablemos de ello...

CARLOS. (Enojado.) ¿Y qué es ello?

ROMAN. No diré ni una palabra.
No seré importuno...

CARLOS. (Fuera de sí.) ¡Vamos!
¡Si esto parece una jaula
de locos...

ROMAN. Te haces de nuevas...
Pues me callo y santas pascuas.
(Momento de silencio.)

CARLOS. ¿Y á esto has venido?

ROMAN. Queria
poner remedio á mi falta...

CARLOS. ¿Qué falta? (Excitado.)

ROMAN. ¡Pues qué! ¿No sabes
que en hora triste y aciaga
he entregado una factura
á tu mujer?

CARLOS. (Con asombro.) ¡Dios me valga!
¡Tú!

ROMAN. Si lo sabes de sobra.
¿Á qué prolongar la farsa?

CARLOS. ¡Tú! (Cada vez mas sorprendido.)

ROMAN. (Amostazado.) Me gusta la extrañeza!

CARLOS. El corazon se me salta
del pecho... ¿Con que no ha sido
Miguel?

ROMAN. (Maravillado.) Chico ¿estás en bábia?
¡Miguel! y acabo ahora mismo
de tener una agarrada
con él...
CARLOS. Pero ¿qué ha pasado?
ROMAN. ¿Con que es decir que ignorabas?...
Pues la historia es esta. Vino
antes de salir de caza
Miguel á darte una cuenta
de Samper; pero no estabas.
Díjome que era un capricho
de tu esposa; me hizo instancias
para que te la entregase;
acepté de buena gana
la comision; llegó Elena;
hablóme de unas alhajas,
y yo, inocente, creyendo
ensalzarte y agradarla,
le di el papel. Fuí muy tonto;
pero la intencion me salva.
CARLOS. ¿Y Reinoso? (Con creciente curiosidad.
ROMAN. Notó luego,
segun de decirme acaba,
que me entregó una factura
por otra, volvió á buscarla,
¡era ya tarde! Yo habia
desatado la borrasca,
quiso darte explicaciones
y le echaste noramala;
por lo cual, hecho una furia,
marchó corriendo á mi casa,
y allí, con razon, me ha puesto
las orejas coloradas.
He sido un torpe...
CARLOS. (Con alegria.) ¡Dios mio!
ROMAN. Pero chico ¡qué mal andas!
(En tono de reconvencion amistosa.)
CARLOS. Es decir que nada sabe
mi mujer?
ROMAN. No sabe nada.
CARLOS. ¿Que Miguel no habló con ella?
ROMAN. ¿Y cuándo quieres que hablara?

CARLOS. Luego son todas mis dudas
y sospechas infundadas?
Luego... (Cayendo desplomado en un sillon.)
Ay, Dios!

ROMAN. (Cuidadoso.) ¿Te pones malo?

CARLOS. ¡Me has vuelto la paz del alma!
Te perdono el mal que has hecho
por el bien que hoy me deparas.

ROMAN. (Con satisfaccion.)
¿De veras?

CARLOS. (Paseándose.) Inventaremos
algo que la satisfaga.
Tengo más espera... Pueden
mejorar las circunstancias...
¡Y yo, que sobrecogido
y creyéndola enterada
de todo, por poco canto...
¡No me he librado de mala!
¡Dame un abrazo!...

ROMAN. (Satisfecho.) ¡Y doscientos!

CARLOS. Voy á escribirle una carta
en seguida... ¡Pobre amigo!
¡Le puse tan mala cara!
Cierto que el lance fué serio...
—Espérame.—

ROMAN. Si no tardas.

CARLOS. Y creí.,. ¡Qué maliciosos
suele hacernos la desgracia!

ESCENA V.

ROMAN, despues BLANCA.

Vaya; salí del aprieto
mejor de lo que pensaba.
¡Pero que un hombre casado
con una mujer tan guapa
se distraiga así! Es preciso
arrancarle de las garras
de esa... ¿Eh, qué tal? Y parece
el pobrecito una malva.
¡Fiése usted!...

BLANCA. (Saliendo y mirando.) No está aquí.
(Reparando en Roman y corriendo hácia él.)
Ah!... Roman...
ROMAN. (Viendo su agitacion.) ¿Qué es eso, Blanca?
BLANCA. ¿Y Cárlos?
ROMAN. En su despacho
escribiendo...
BLANCA. (Afanosamente.) Pues con maña,
es menester que ahora mismo
procure usted que se vaya.
¡En seguida!
ROMAN. (Con sorpresa.) No comprendo...
usted trémula, agitada...
¿Qué sucede aquí?
BLANCA. Más tarde
sabrá usted... ¡pero que salga!
ROMAN. (Con recelo.)
Yo quisiera...
BLANCA. (Observando con inquietud.) ¡No habrá tiempo!
Pues es...

ESCENA VI.

DICHOS, CÁRLOS.

CÁRLOS. (Obsecvándolos.) ¡Bien! Esto adelanta.
¿Secretos ya? Se conoce (Á Roman.)
que te has atrevido á hablarla.
BLANCA. (Avergonzada.)
¡Oh!
CÁRLOS. Me ha pedido tu mano.
Eres libre. Si te agrada...
ROMAN. Pronuncie usted mi sentencia.
BLANCA. (Con sonrisa cariñosa.)
Ya le he dicho á usted. ¡Mañana!
CÁRLOS. (Vete con cuidado, mira
que hay otro moro en campaña.)
(Llamando con el timbre.)
ROMAN. ¿Qué es eso?...
CÁRLOS. Quiero que lleven
esta esquela...
ROMAN. (Deteniéndole á una señal de Blanca.)

Chico, aguarda.
¿No vale más que vayamos
los dos? La cuestion es árdua,
y la escena de esta tarde...

CARLOS. Tienes razon.
(Al lacayo, que aparece.)—Nada, nada.—
Iremos, y si ha salido
le dejo la esquela.—¡En marcha!

ROMAN. (Mientras Cárlos toma el sombrero.)
(Pues señor, no entiendo jota.)
Está usted servida...

BLANCA. (Con efusion.) ¡Oh! gracias.

ESCENA VII.

BLANCA, ELENA.

¡Dios santo! ¡Qué compromiso
tan grave si se encontraran!
Está tan furioso... (Llamando.) ¡Elena!
Elena!... Quiero avisarla.

ELENA. (Saliendo.) ¡Se fué?

BLANCA. (Temerosa.) Sí. Pero repito
que es accion muy temeraria
la que intentas.

ELENA. Ya no hay tiempo
de meditar...

BLANCA. ¡Es audacia!
Por Dios, que tengas prudencia:
oye con desconfianza
cuanto diga. ¡Yo podria
recibirle!...

ELENA. (Con enfado.) ¡Qué pesada
estás!

BLANCA. Es capaz de todo.
Va á decirte mil patrañas...

ELENA. ¡Mal le quieres!...

BLANCA. (Por si acaso
no está demas prepararla.)
Despídele pronto. Mira
que si Cárlos acertara
á volver...

ELENA. Pierde cuidado.
No temas.
BLANCA. ¡Si estoy en ascuas!
Ve que arriesgas...
ELENA. Es inútil
empeño. Nada me espanta.
Estoy celosa... ¡Celosa!
con esto que digo basta.
BLANCA. Es que no creas...

ESCENA VIII.

DICHAS, D. MIGUEL.

MIGUEL. Señora...
ELENA. ¡Miguel!
MIGUEL. (Reparando en Blanca) (Aquí esta muchacha?
Qué contrariedad!) Espero (Friamente.)
conocer... usted me llama...
ELENA. Sí, sí. (Pues no tengo miedo?)
MIGUEL. Hable usted...
BLANCA. (Marchándose.) (Estaré en guardia.)

ESCENA IX.

ELENA, sentándose e invitando á D. MIGUEL á que tome asiento cerca de ella.

ELENA. Tal vez peco de importuna.
Es algo extraña la cita,
mas...
MIGUEL. Usted no necesita
dar explicacion alguna.
ELENA. ¡Siempre galante conmigo!
¿Cómo estimar la merced?...
MIGUEL. Ya me recompensa usted
con el titulo de amigo.
ELENA. Puedo abusar de tal modo
que al cabo no tenga excusa...
MIGUEL. Oh! la amistad nunca abusa,
porque lo merece todo.
ELENA. Logrará usted persuadirme,
y es posible que me atreva...

MIGUEL. ¿Á qué?
ELENA. Á exigir una prueba
que esa amistad me confirme.
MIGUEL. ¿Nada más? Estoy dispuesto
á hacer lo que usted me mande.
ELENA. ¡Cuidado! La prueba es grande...
MIGUEL. ¿Qué importa?
ELENA. (Mostrándole la factura.) De quién es esto?
MIGUEL. Señora, no me decido
á responder... (Con vacilacion estudiada.)
ELENA. (Con enojo.) ¡Esto más!
¿Tiene usted miedo quizás
de nombrar á mi marido?
Nada hay ya que se me esconda.
¡Si lo sé todo!
MIGUEL. Eso es grave.
Pero, en fin, si usted lo sabe
es inútil que responda.
ELENA. (Contrariada.) (¡Se burla de mi agonia!)
¿Con que si nada supiese,
entónces usted?...
MIGUEL. (Gravemente.) En ese
caso, tambien callaria.
ELENA. ¿Qué duda puedo abrigar?
¿No me dice demasiado
ese silencio obstinado
que usted se empeña en guardar?
MIGUEL. Nada con él evidencio,
y á la verdad, no concibo
que acuse usted sin motivo
de hablador á mi silencio.
ELENA. Esa reserva estudiada
viene á confirmar mi fallo...
MIGUEL. Yo, señora. cuando callo
no acostumbro á decir nada.
ELENA. (Picada.) ¡Muy bien! No echaré en olvido
su amistad sincera!...
MIGUEL. (Sentido.) ¡Tiene
gracia que usted me condene
despues de haberme ofendido!
ELENA. ¡Cómo! ¿Yo? (Con sorpresa.)
MIGUEL. Usted desconfia

de mí, su intencion oculta,
y parece que consulta
más que al amigo, al espia.
¡La verdad! este servicio
me cuesta mucho trabajo,
porque, en fin, no estoy tan bajo
que me acomode el oficio.

ELENA. Está usted en un error,
y juzga muy mal...

MIGUEL. Yo creo
que en vez de tanto rodeo
hubiese sido mejor,
con entera confianza,
llamarme y decirme:—Fio
en usted, amigo mio,
mi ventura ó mi venganza.
No deje usted entregado
mi corazon á la duda.
¿Quiere usted prestarme ayuda
para salir de este estado?—
¿Cómo, Elena, resistir
á esta súplica? Confieso
que yo...

ELENA. (Con afan.) ¡Si es eso, si es eso
lo que he querido decir!
Sáqueme usted de esta fiera
y penosa incertidumbre.

MIGUEL. (Los celos han dado lumbre;
yo alimentaré la hoguera.)
Es muy grande el sacrificio
que me impone la amistad...

ELENA. (Impaciente.)
Conque Cárlos...

MIGUEL. La verdad:
Cárlos ha perdido el juicio.

ELENA. ¿Esto más? (Levantándose afligida.)

MIGUEL. ¿Á quién no altera
que mime, obsequie y regale,
á una mujer que no vale
ni una mirada siquiera?
Le tiene tan dominado,
tan fuera de sus casillas,

que ya es objeto de hablillas
y de escándalo en el Prado.
Trenes, joyas... ¿Qué se yo?

ELENA. (Fuera de sí.) ¡Esto es arrancarme el alma!

MIGUEL. Si usted no tiene más calma,
tendré que callarme...

ELENA. (Con resolucion.) ¡No!
Prosiga usted...

MIGUEL. (Hipócritamente.) Siento mucho
causarla tan honda pena.

ELENA. (Haciendo inútiles esfuerzos para no llorar.)
¡No señor! Si estoy serena...

MIGUEL. Es que...

ELENA. (Enjugándose los ojos.)
No es nada: ya escucho.
Si tengo valor..,

MIGUEL. Quizás
no lo bastante. Usted ama...

ELENA. (Interrumpiéndole con violencia.)
¿Y quién es? ¿Cómo se llama
esa mujer?...

MIGUEL. (Con tranquilidad.) No sé más.

ELENA. (Desconfiando.)
¿No sabe usted?...

MIGUEL. Si consigo
averiguar...

ELENA. (Airada.) ¡Cosa extraña!

MIGUEL. (Fingiendo sorpresa.)
No comprendo...

ELENA. ¡Usted me engaña!

MIGUEL. (Con tono de reconvencion.)
¡Elena!

ELENA. (Con energia.) Sé lo que digo.

MIGUEL. (Quejoso.) Si de mi sinceridad
quiere usted que me arrepienta...

ELENA. Usted, que trajo esta cuenta,
dice á medias la verdad.

MIGUEL. Hoy pago mi candidez.
Este es un dia nefasto...

ELENA. (Interrumpiéndole.)
Pero...

MIGUEL. (Me luzco, si gasto

la pólvora de una vez.)
Llevo por premio una ofensa...
(Haciendo ademan de marcharse.)

ELENA. (Deteniéndole.)
Luego usted explicaria...
¡Quédese usted!

MIGUEL. (Saludando.) No podria.
Me abruma la recompensa.

ELENA. (Amargamente.)
¡Tolerar ese desliz!

MIGUEL. Y usted sabe si le he dicho:
Cárlos, ¡tu necio capricho
tiene que hacerte infeliz?
Ten cuidado no tropieces,
aun es tiempo, ¿dónde vas?
Mira que ofendiendo estás
á un ángel que no mereces.
Buscas trastornado y ciego
tu perdicion y tu mengua,
porque Elena... (Tente, lengua,
que va á conocerme el juego.)
Pero ¿qué voy á contar?
Soy culpable, soy traidor,
porque me pidió un favor
que no le supe negar.
No debe encontrar merced
mi conducta engañadora...

ELENA. Si yo no digo...

MIGUEL. (Despidiéndose.) Señora,
estoy á los pies de usted.

ELENA. Triste, sola, abandonada,
nada podré descubrir... (Llorando.)
Hace usted bien en huir
de una mujer desgraciada.

MIGUEL. (Volviendo con fingido interés.)
¡Oh! basta. Usted me sujeta
con su llanto, no me voy,
y ha de obtener, por quien soy,
su reparacion completa.
¡Que quepa tanta falsia
en ese infiel! No sé cómo
pude soportarlo. Tomo

la causa de usted por mia.
¡El ingrato!... Es natural
que haga usted esos extremos.
¡Mas ¡calma! Nos vengaremos...
(¡Bravo! Ya acepta el plural.)
Nos vengaremos! No en vano
ha acudido usted á mí.
¡Eh! No llore usted así.
(Tomándola cariñosamente la mano.)
¡Valor! (No aparta la mano.) (Con fruicion.)
Por si alguna vez sospecha,
cierto disimulo es bueno.
Yo prepararé el terreno
y estaré siempre en la brecha;
volveré de vez en cuando
hasta imponerle el castigo.

ELENA. (Cada vez más desconsolada.)
¡Qué infamia!

MIGUEL. (Regocijado.) (Ya soy su amigo
y despues...)

ESCENA X.

DICHOS, BLANCA, muy agitada.

BLANCA. Estoy temblando.
¡Cárlos!

MIGUEL. (Esto desconcierta
mi plan.)

ELENA. (Con decaimiento.) ¡Sufrir tal ultraje!

BLANCA. (Con ansiedad.)
¡Pronto, pronto! Su carruaje
se ha detenido á la puerta.

ELENA. (Con honda afliccion.)
¡Ay de mí!

BLANCA. ¡Si te lo dije!
Era arriesgado el azar.

ELENA. ¡Imposible es expresar
todo el dolor que me aflige!
¿Sabes? Me engaña el infiel,
en mi daño se recrea...

BLANCA. Pero...

ELENA. (Marchándose con ira.) ¡No quiero que vea
que estoy llorando por él!

ESCENA XI.

BLANCA, MIGUEL.

BLANCA. (Reconviniéndole.)
¡Ah! ¿Qué ha hecho usted, caballero?
Mas no hay tiempo que perder,
salga usted... (Llaman á la puerta.) ¡No puede ser!
Ya llama.
MIGUEL. (Con resolucion.) Entónces espero.
BLANCA. ¡Está enojado, ofendido!
¿Qué hacer? ¡Aquí en el despacho...
(Obligándole á que se oculte.)
¡Oh! pronto!
MIGUEL. (Resistiéndose.) Me causa empacho
esto de andar escondido.
¡Valerme en las cosas mias
de un recurso tan añejo!...
¡Bah! Pero el sol es más viejo
y sale todos los dias.
BLANCA. (Fuera de sí.) ¿Quiere usted la perdicion
de Elena?
MIGUEL. (Aproximándose al despacho.)
Tenga usted calma.
BLANCA. (Empujándole y cerrando la puerta.)
¡Quien roba la paz del alma
se oculta como un ladron!

ESCENA XII.

BLANCA, inquieta, CÁRLOS, ROMAN.

BLANCA. La sacaré del conflicto
sin que llegue á descubrir...
ROMAN. (Á Cárlos, entrando.)
Nada tienes que decir,
estás confeso y convicto.
CARLOS. (Reparando en Blanca.)
¡Silencio!!...

BLANCA. (¡El temor me acosa!)
CARLOS. ¡Tan sola aquí! Es singular...
BLANCA. ¿Por qué? te sentí llegar
y he salido á ver...
CARLOS. (Maliciosamente.) ¡Curiosa!
¿Á mí nada más? Creí...
BLANCA. (Oh! la agitacion me acusa,
ROMAN. (Observándola.)
(Sigue turbada y confusa...
¡algo extraño pasa aquí!)
BLANCA. No sales ya?
CARLOS. No, me quedo.
BLANCA. (¡Dios mio!) (Sobresaltada.)
CARLOS. Es tarde, y estoy
cansado.
BLANCA. (Si no me voy
van á conocerme el miedo.)
Pues me marcho...
ROMAN. (Qué aturdida.)
BLANCA. (En la mayor incertidumbre.)
(Oh! cómo hacer qué se vaya...)

ESCENA XIII.

CÁRLOS, ROMAN.

CARLOS. (Con alegria.)
¡Estaba aquí de atalaya
para anunciar mi venida!
¿No lo has conocido?
ROMAN. No.
(Antes, que salga con él,
y ahora... ¡Diablo! ¿Qué papel
(Receloso.)
hago en esta farsa yo?)
CARLOS. ¡Sí, no lo dudes, Roman!
Ya sabe Elena que he vuelto...
¡Nada, nada! Estoy resuelto
á desenvolver mi plan.
ROMAN. No sé cuál es...
CARLOS. ¡Mentecato!

¿No adivinas mi sistema?
¡La prudente estratagema
de echarlo todo á barato!
Es buen medio ¡ya verás!
Pongo una cara de hereje
y antes de que ella se queje
me quejo yo mucho más.
Nunca ha de faltarme un pelo
á que agarrarme...

ROMAN. ¡Ah, traidor!

CARLOS. Ya verás con qué primor
hago mi papel de Otelo.
Un marido que anda á caza
de sombras, ¿no ha de encontrar?...
Se exaspera, quiere hablar,
no la dejo meter baza,
la echo en cara su delito,
lo mezclo y confundo todo;
se incomoda, me incomodo,
rabia y grita, rabio y grito.
Y en la contienda tenaz
ni la escucho, ni me escucha,
que el cansancio de la lucha
hará precisa la paz.—
Dueño de la situacion,
ya más tranquilo y sereno,
puedo llevarla al terreno
de una mútua explicacion.
—Inventaré mil tramoyas—
dudará, mas sin embargo,
le haré ver que es un encargo
la adquisicion de esas joyas:
de un corresponsal será...
—Casualmente Marcoleta,
el de Irun, casa á su nieta
con un ricacho de allá.—
Confirma Miguel mi historia,
mi fidelidad sublimo,
se convence, la hago un mimo,
y aquí paz y despues gloria.
¿No es esto?

ROMAN. Sí, y volverás

á incurrir dentro de poco
en otra falta...

CARLOS. ¿Estás loco?
¡*Vade retro*! Una y no más.
¡Si ese amor no me encadena!

ROMAN. Pues entónces...

CARLOS. ¿Puede haber
en el mundo una mujer
comparable con mi Elena?
Mi conducta ha sido ardid
de guerra...

ROMAN. (Con sorpresa.) No me lo explico.

CARLOS. Es que no conoces, chico,
los abismos de Madrid.
No has sufrido los desdenes
de gentes que en su simpleza,
califican tu riqueza
por los vicios que mantienes.
¡Ay! Roman, yo estoy en autos,
y á asegurarte me atrevo
que el vicio ostentoso es cebo
para la pesca de incautos.
¿Qué quieres? Siempre estan prontos
á caer en el garlito...
Ya sabes que es infinito
el número de los tontos.

ROMAN. Permíteme que condene
tus ideas...

CARLOS. No exagero.
¡Si hay quien encuentra dinero
porque finge que lo tiene!
Es un medio de vivir
muy de moda y muy seguro.
Si te encuentras en apuro,
si necesitas pedir,
aparenta á troche y moche
y encontrarás quien te dé,
y no lo busques á pie...
si puedes buscarlo en coche.
Porque tan fuera de quicio
está nuestra sociedad,
que en ella la vanidad

más que pasion, es oficio.

ROMAN. Confieso...

CARLOS. (Mirando el reloj.) Las once y media.
Esto me entretiene. Pero
lo primero es lo primero:
voy á empezar mi comedia.
(Tocando el timbre.)
¡Ánimo!...

ROMAN. ¿Qué vas á hacer?

CARLOS. Calla y ya verás ahora:
(Al lacayo, que se presenta.)
Oye Juan, di á la señora
que la necesito ver. (El lacayo desaparece.)
La forma de este mensaje
es ya cosa que promete.
¡No perdamos tiempo! Vete. (Á Roman.)
Abajo está mi carruaje.
Mira si ha vuelto Miguel,
y si no ha vuelto, le esperas.
Dile todo cuanto quieras
en mi nombre.—¡Habla con él!—
Exponle mi posicion.

ROMAN. Y añadiré que hemos ido
á buscarle...

CARLOS. Convenido.
Y si algo ocurre... ¡Chiton!
(Viendo á Elena.)

ESCENA XIV.

CARLOS, ROMAN, ELENA.

ELENA. (Con sequedad.)
Me has llamado...

CARLOS. Sí, queria
verte...

ELENA. (Con enojo mal reprimido.)
(Dios me tenga á raya.)

ROMAN. (Y hará lo que dice... ¡vaya!
¡se necesita osadia!)
Me marcho. Tendreis los dos
que hablar ..

CARLOS. (Con indiferencia.) No, serás testigo...
ROMAN. Gracias: me espera un amigo.
Á los pies de usted. (Á Cárlos.) Adios.

ESCENA XV.

CARLOS, ELENA.

CARLOS. (Vacilando.) (Si no sé cómo empezar!)
ELENA. (La sangre en mis venas arde.)
CARLOS. (Decidiéndose.) (Ánimo pues!) Esta tarde
huyó usted sin escuchar.
Desdeñando mis razones,
precipitada y ligera,
usted no quiso siquiera
oir mis explicaciones;
sin duda usted resolvió
dar al asunto ese sesgo,
para no verse en el riesgo
de satisfacerme...
ELENA. (Con desdeñosa sorpresa.) ¡Yo!...
CARLOS. Sí señora, es menester
que esta incertidumbre acabe,
porque ya tengo la clave
de su extraño proceder.
¡Oh! No finja usted sorpresa.
¡Si ya estoy en el secreto!
(Con tono grave y solemne.)
¿Me dirá usted con qué objeto
va á casa de la marquesa?
ELENA. (Con orgullo.) ¡Eso es acusarme!
CARLOS. Sí...
y usted confesarme debe
qué raro interés la mueve
y qué busca usted allí!
Aunque he callado hasta ahora
hace tiempo que sospecho.
Y si alguien...
ELENA. (Con ira.) ¿Con qué derecho
me pregunta usted?
CARLOS. (Con altaneria.) ¡Señora!
¡No me queda más que oir!

Con el derecho sagrado
del hombre que nace honrado,
y honrado quiere vivir,
¡Olvida usted que á su amor
mi nombre y mi honor confio?
¿usted olvida?...

ELENA. (Con hondo desprecio.) ¡Dios mio!
y se atreve á hablar de honor?
¡De honor el que le vulnera!
Este es el mundo al revés.
¡Si usted le arrastra á los pies
de una torpe aventurera!
Si acabo de averiguar
toda la historia...

CARLOS. (Asustado.) ¿Has sabido?...

ELENA. ¡Honor! Si usted le ha perdido
¿qué tengo yo que guardar?

CARLOS. (Con espanto.) Te han dicho...

ELENA. ¡Qué ingratitud!
Y el hombre que así me afrenta,
se atreve á pedirme cuenta
de mi vida y mi virtud!
Hay mayor iniquidad!
Esto es decir: —¿Qué más quieres?
Para tí son los deberes,
para mí la libertad.
Yo con loco frenesí
puedo arrastrar por el lodo
mi honor, mi cariño, todo
lo que ante Dios te ofrecí.
Puedo quebrantar los lazos
que he formado al pie del ara;
puedo arrojarte á la cara
tu decoro hecho pedazos.
Puedo con los ojos fijos
en mi insensata pasion
desgarrar tu corazon
y envilecer á tus hijos.
Y si el desórden me enerva,
¿qué lo has de hacer? Te sentencio
á tolerar en silencio
mi falta. ¡Obedece, sierva!—

CARLOS. (¡Ay! el alma me traspasa
su acento.) Yo te haré ver...
ELENA. (Con ira.) ¡Pues qué! ¿Solo la mujer
guarda el honor de la casa?
¿De este modo se atropella
el respeto del hogar?
¿Nos dais vuestra honra á guardar
á fin de vivir sin ella?
¡Si me está ahogando el despecho!
CARLOS. (Desesperado y confuso.)
¡Ay, Elena! Elena mia!
yo te juro...
ELENA. ¿Y todavia
habla usted de su derecho?
¡Qué indignidad! Mi altivez
le despierta, y no permito
que me interrogue el delito
con la autoridad de juez.
CARLOS. (Cada vez más turbado.)
Si por la cuenta me acusas,
juro que estás engañada...
ELENA. Si ya no pregunto nada,
—¿á qué vienen las excusas?—
CARLOS. (Cada vez más agitado.)
Pero es justo que te diga!..
ELENA. Todo inútil me parece.
El hombre que se envilece,
á sí propio se castiga.
CARLOS. (Con creciente confusion.)
No pienses que te ofendí...
ELENA. (Marchándose.)
Con el desden más profundo
correspondo... ¡Que en el mundo
quien debe, paga!

ESCENA XVI.

CÁRLOS, cayendo abrumado.

¡Ay de mí!
Se oscurece mi razon.
¡Si me trastorno yo mismo!

¡Todo lo sabe! Me abismo
en mi propia confusion.
Pero ¿quién es el infiel
que mi secreto ha vendido?
Roman... ¡No! Roman no ha sido.
¡Miguel es! (Meditando.) ¿Cuándo? ¡No es él!
Estos son vanos antojos
de mi loca fantasia.
¿Será la conciencia mia
que se ha asomado á mis ojos?—
Si yo lograra saber...
Tal vez, celosa, haya abierto
mi gaveta, y descubierto
sus cartas... ¡Ah! voy á ver...
(Se dirige precipitadamente al despacho, y halla resistencia en la puerta.)

ESCENA XVII.

CÁRLOS, MIGUEL, pálido y alterado.

CARLOS. (Empujando.)
¿Quién está aquí? Quién se esconde?
(Viendo salir á Miguel.)
¡Oh! Tú! (Con sorpresa é indignacion.)
MIGUEL. (No sé lo que pasa
por mí.)
CARLOS. (Con ira creciente.) Tú oculto en mi casa!
¿Á qué has venido? Responde.
MIGUEL. (Cada vez más confuso.)
Ya te habrá dicho Roman...
(¿Cómo explicar?...) Quise verte
para saber...
CARLOS. ¿De esta suerte
pretendes calmar mi afan?
MIGUEL. ¡Oye!...
CARLOS. ¡Todo lo adivino!
¡Y yo, torpe, que engañado
fuí á buscarle...
MIGUEL. (Reponiéndose.) (¡Ah! Me ha buscado...
Él mismo me abre camino.)
Por eso solo acudí...

CARLOS. Ya mi paciencia se acaba!
¿Y sabiendo que esperaba
vienes á espaldas de mí?
¡Tú me has herido á traicion!
Si no puedes disculparte.

MIGUEL. (Con altaneria.)
¿Qué es esto?

CARLOS. (Frenético.) Voy á matarte
como se mata á un ladron.

MIGUEL. Ya el juego está declarado:
tu indignacion te delata.
Me matarás como mata
el ladron al hombre honrado.

CARLOS. ¡Vive Dios! (Fuera de sí.)

MIGUEL. ¡Qué farsa es esta?
(¡Valor! Válgame el arrojo!)
¿Qué significa ese enojo,
y qué esa faz descompuesta?

CARLOS. ¡Oh! (Lleno de vergüenza y de ira.)

MIGUEL. No me impone el alarde
de fuerza... ¡Difícil es!
¿Á qué me llamas, despues
de la escena de esta tarde?
¿He faltado á algun respeto
esperando en tu despacho?
Soy, por ventura, un muchacho
enredador é indiscreto?
Rota con tantos reveses
nuestra amistad, yo creia
que á llamarme te movia
una cuestion de intereses.
Y en vez de eso, en tu furor
prorumpes en mil denuestos,
y con fútiles pretextos
buscas un lance de honor...

CARLOS. (Con ardor.)
¿Qué has sospechado?

MIGUEL. (Con altaneria.) Y te enfadas
sin razon, sin causa alguna...
¿Porque va mal tu fortuna,
quieres pagarme á estocadas?

CARLOS. ¡Villano!... (Asombrado)

MIGUEL. (Con altivez.) No es necesario
ese lenguaje grosero.
En cuanto cumpla el banquero
contestaré al adversario.
CARLOS. (Sin poder apenas contenerse.)
¡Qué torpe suposicion!
MIGUEL. No lo extrañes, yo soy franco.
CARLOS. ¡No sé cómo no te arranco
la lengua y el corazon!
MIGUEL. ¿Cómo tolerar que así
se me tome por juguete?
CARLOS. ¡Vete! (En la mayor exaltacion.)
MIGUEL. No consiento...
CARLOS. (Coda vez más exasperado.) ¡Vete!
Ó no respondo de mí.
Has recorrido la escala
de la infamia...
(Interrumpiendo á Miguel, que quiere hablar.)
¡Oh! nada más.
Mañana recibirás
con tu dinero una bala.
MIGUEL. (Alejándose.)
(Ya templará su rigor.
Salí de la ratonera...)

ESCENA XVIII.

CÁRLOS, con la mayor desesperacion.

¡Triste de mí! Ni siquiera
puedo defender mi honor!
Él, de mis pasos livianos
ha enterado á mi mujer...
¡Que muera! (Con desaliento.)
¡No puede ser!
Esa deuda ata mis manos.
¿Cómo romper las cadenas
que llevo? ¿Á quién acudir?...
¡Quisiera poder fundir
la sangre que hay en mis venas!
(Queda sumergido en su sombria desesperacion.)

ESCENA XIX.

CÁRLOS, ROMAN.

ROMAN. ¡Ya podia yo esperar!...
Por lo visto habeis tronado.
De fijo. Si le he encontrado
y no me ha querido hablar!
Si hubieras visto qué gesto
me puso... se lo perdono.
Quizá será de buen tono
faltar así...
(Reparando en la afliccion de Cárlos.)
Mas, ¿qué es esto?
¿Qué sucede?... ¡Habla por Dios!
Ese silencio me aterra.

CARLOS. Que es un vil, y que en la tierra
nos estorbamos los dos.
Que con audacia insolente
ha promovido este enredo;
que me ha ultrajado y no puedo
levantar ante él mi frente.
¿Comprendes mi estado?

ROMAN. No.
Ni es fácil que le comprenda.

CARLOS. (Con amargura.)
¿Por qué he dejado la tienda
que mi pobre padre honró?
¿Qué insensata vanidad
me ha sacado de mi esfera,
para que en otra perdiera
mi hacienda y mi libertad?

ROMAN. ¿Qué dices? Si no me atrevo
á creer... (Con inquietud.)

CARLOS. ¡Es positivo!
Ya conoces el motivo
de mi cólera. ¡Le debo!

ROMAN. Eres un ingrato. ¡Sí!
Hoy mi desengaño toco.

CARLOS. ¡Tú! (Sorprendido.)

ROMAN. ¿Me tienes en tan poco

que no te acuerdas de mí?

CARLOS. ¡Ay, Roman!... (Con exaltacion.)

ROMAN. Quiero tambien
pagar mi deuda sagrada,
porque el alma que es honrada
ni niega ni olvida un bien.
¡Si antes lo hubiera sabido!...
Tú padre me dió la mano,
fuiste para mi un hermano
y yo soy agradecido.
Sé que en estas ocasiones
muestra el hombre su hidalguia.
¡Sin vosotros estaria
quizás rompiendo terrones!

CARLOS. (Enternecido.) ¡Alma generosa y bella!

ROMAN. ¡Oh! déjame que concluya.
Toda mi fortuna es tuya:
dispon como gustes de ella.
Así todo se concilia.
¡Vaya! No faltaba más
que ese tunante.. ¡Ademas,
casi soy de tu familia!
¿No es verdad, chico? Sospecho
que Blanca me ha de querer.

CARLOS. ¡Ay, Roman! Con qué placer
(Abrazándole con afan.)
entre mis brazos te estrecho.
Bien dices: eres mi hermano.
Por eso tu oferta admito...
¿No es cierto que necesito
castigar á ese villano?
—Ya te volveré...

ROMAN. No hablemos
más. ¿Cuánto debes?

CARLOS. No baja
de... Pero el libro de Caja
lo dirá mejor. Entremos.
(Entran en el despacho, y el teatro queda un momento solo).

ESCENA XX.

BLANCA, asomando la cabeza por la puerta de la derecha.

¡Ya no está!... Le haré salir
de aquí, que el tiempo es precioso.
(Llamando á la puerta del despacho.)
¡Miguel!... ¡No me oye!... ¡Reinoso!...

ESCENA XXI.

BLANCA, CÁRLOS, ROMAN.

BLANCA. (Viéndolos aparecer con terror.)
¡Ah!
ROMAN. (Amargamente.) ¡Blanca!
BLANCA. (¡Si esto es morir!)
CARLOS. (Con severidad, sacudiéndola el brazo violentamente.)
¿Vamos, dí, que es lo que pasa?
BLANCA. (Medio desvanecida.)
(Se me salta el corazon.)
Yo no sé...
CARLOS. ¿Con que intencion
se oculta ese hombre en mi casa?
¿Por quién ha venido aquí?
¡Responde!
BLANCA. (¿Cómo declaro,
si Elena ha sido mi amparo!)
ROMAN. (Con dolorosa impaciencia.)
¡Hable usted, Blanca!
BLANCA. (Haciendo un esfuerzo y cayendo desmayada.)
¡Por mí!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los actos anteriores. Velador con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS, BLANCA.

CARLOS. ¿Y olvidando los respetos
que debes á nuestra clase
le citaste anoche?

BLANCA. (Haciendo un esfuerzo.) Sí...

CARLOS. (Observándola.)
Míralo bien, no me engañes.
Hay en todo cuanto pasa
tantos misterios, que en balde
lucho con mis pensamientos
y con mis dudas tenaces.
¿Te callas?... ¿Qué amor es ese
que cuando puede mostrarse
sin riesgo, á la luz del dia,
busca las sombras cobarde?
¿Y qué mujer eres tú
tan indigna y tan infame
que á un galan das esperanzas
teniendo oculto otro amante?

BLANCA. (Alterada.)

¡Ay, Cárlos!

CARLOS. ¡Nada! Es preciso
que esta oscuridad se aclare,
y sepa yo á qué atenerme
sin más rodeos ni ambajes.
Tú me engañas. (Mirándola fijamente.)

BLANCA. (Azorada.) Te aseguro...

CARLOS. No mientas. ¡Si en tu semblante,
más que la culpa, aparece
la vergüenza de engañarme!
¡Qué razon tan poderosa
debe haber para que cargues
con el peso de un delito?
Si es necesario que mate
á ese hombre... ¡Mi honra agraviada
me pide á voces su sangre!

BLANCA. ¡Oh! no pienses...

CARLOS. Es en vano
que quieras apaciguarme.
Á medida que te esfuerzas,
más mis sospechas renacen.
Ese hombre no estaba en casa
por tí... ¡No lo estaba!...

BLANCA. (Asustada.) ¡Válgame
Dios! te juro...

CARLOS. Juramento
falso, que no me persuade.
Cuando en estas circunstancias
no vacilas un instante
en acusarte á tí misma
de fingidas liviandades;
¿qué más prueba necesito
para apreciar el ultraje
que se hace á mi honor?...

BLANCA. (Cada vez más aturdida.) Quisiera
que comprendieses...

CARLOS. No es fácil.
¡Ya ves! estoy resignado.
No temas, Blanca, que exhale
mi corazon una queja.
¿Qué adelanto con quejarme?
¡Elena me ofende!

BLANCA. Cárlos,
no es verdad!...

CARLOS. Tú eres la mártir
sacrificada en las aras
de un amor torpe y culpable.

BLANCA. ¡Ella te dirá!...

CARLOS. No quiero
ver á la que en este trance
me ha puesto. Tal vez podria
mi propia afrenta cegarme.
Hoy he de menester de toda
mi tranquilidad. Mas ántes,
bueno es que sepa la suerte
que la espera...

BLANCA. (Asustada.) ¡Dios me ampare!

CARLOS. La separacion si vivo,
y si muero en el combate...

BLANCA. ¡Un duelo!

CARLOS. ¡Que eternamente
mi recuerdo la acompañe!

BLANCA. (Llena de mortal angustia.)
¡Es ino ente, lo juro
por el alma de mi madre!

CARLOS. ¡Basta! Mi resolucion
es firme, es irrevocable.

BLANCA. No procedas de ligero,
yo te diré...

CARLOS. No te canses.
Esto su traicion merece:
quien tal hizo que tal pague.

ESCENA II.

BLANCA.

¿Qué hacer? yo tengo la culpa!
¡Yo sola! Yo, que ignorante
por esquivar un escollo
he dado en otro más grande.
¡Y puede morir, Dios mio!
Y no habrá en el mundo nadie
que de su error le convenza

y de sus dudas le saque.
¡Y he sido yo... ¡Qué imprudencia
la mia!... Mis sienes arden,
mi corazon se estremece
de horror. ¡Señor, inspiradme!

ESCENA III.

BLANCA, ELENA.

BLANCA. (Profundamente agitada, saliendo al encuentro de Elena.)
¡Ay, Elena, Elena mia!
perdóname...
ELENA. (Sorprendida.) ¡Perdonarte!
¿De qué?
BLANCA. De cuanto sucede
yo sola soy responsable.
Cárlos está enfurecido,
y sus recelos son tales
que en mis propias confesiones
se apoya para acusarte.
Apreciando los sucesos
en sus más leves detalles,
te condena...
ELENA. (Con amargura.) ¡Me condena!
¡Es cuanto puede escucharse!
¡Á mí! que á pesar de todas
sus negativas formales,
he penetrado el secreto
de su traicion!...
BLANCA. Más...
ELENA. Ya sabes
que Reinoso, condolido
de mi angustia...
BLANCA. (Con desden.) (¡Miserable!)
ELENA. Mis vagas incertidumbres
cambió en tristes realidades.
¡Cárlos me vende!...
BLANCA. ¡Qué quieres!
Es raro que no lograses
saber el nombre...

ELENA. Mañana
me lo dirá...
BLANCA. ¡Será tarde!
ELENA. ¡Tarde!
BLANCA. Sí, porque indignado
Cárlos, intenta vengarse.
Hay pendiente un desafio!
ELENA. (Apurada.)
Esto más, ¡Vírgen del Cármen!
¿Un duelo?
BLANCA. Sí, hermana mia!
Ya ves si hay causa bastante
para mi inquietud.
ELENA. ¡Dios santo!
Es menester estorbarle.
—¡Si aunque me engaña no puedo
borrar del alma su imágen!—
Estoy resuelta, ¡resuelta!
y es inútil que te afanes
en detenerme.—Es preciso
que te defienda y te salve.
Sabrá la verdad de todo.
Yo haré que brille y resalte
tu virtud y mi decoro.
BLANCA. La ocasion no es favorable...
ELENA. Si para hacer tu defensa
esperaba á que llegase
Roman, ya todo varia,
y no esperaré un instante.
¡No quiero!
BLANCA. Pero repara
que son los momentos graves.
Y puede muy bien perderte
queriendo justificarte.—
Aunque haciendo un sacrificio
la verdad le confesases,
¿te creeria? ¡Imposible!
ELENA. ¿Por qué no?
BLANCA. Porque no es fácil
aclarar lo que ha pasado...
ELENA. (Disgustada.) ¡Todas son dificultades
para tí!

BLANCA. ¿Cómo le explicas
la circunstancia agravante
de haber hallado á Reinoso
escondido?...

ELENA. Aunque lo extrañe,
le confesaré que quise
saber...

BLANCA. Esto es declararle
que un falso amigo le vende,
y no evitarás el lance!
Ten calma...

ELENA. (Agitada.) ¿En estos momentos?
¡No puede ser!

BLANCA. Tal vez halles
un medio...

ELENA. (Impaciente.) ¡Cuál? Vamos, habla.

BLANCA. (Viendo aparecer á Reinoso.)
¡Miguel! Silencio...

ELENA. (Con febril agitacion.) ¡Algun ángel
me lo envia!

BLANCA. Me da miedo
verle otra vez!

ELENA. No te alarmes.
Déjanos solos.

ESCENA IV.

ELENA, BLANCA, MIGUEL.

MIGUEL. Si acaso
molesto...

ELENA. ¡Qué disparate!
Usted no molesta nunca.
(Quizás mis ruegos alcancen
á evitar...)

MIGUEL. Gracias, Elena.
Circunstancias especiales,
si no está Cárlos en casa,
me obligan á retirarme.

ELENA. No. Quédese usted. Tenemos
que hablar...

MIGUEL. Por más que me agrade,

debo...
ELENA. ¡Lo exijo!
MIGUEL. En tal caso,
nada replico: usted mande.
BLANCA. (Por Dios, Elena...
ELENA. No temas,
que no tardará en marcharse.)
MIGUEL. (Ap.) (¡Valor! Á muerte ó á vida:
vamos á quemar las naves.)

ESCENA V.

ELENA, MIGUEL.

MIGUEL. (Con ardor.) ¡Al cabo logro mi objeto!
ELENA. Sabe usted...
MIGUEL. (Interrumpiéndola.) ¡Gracias á Dios,
podemos hablar los dos
sin un testigo indiscreto!
Lleno de impaciencia, inquieto,
he espiado la salida
de Cárlos...
ELENA. ¡Cuán aturdida
estoy!...
MIGUEL. Porque es menester
que usted llegue á conocer
el secreto de mi vida.
ELENA. No es ocasion...
MIGUEL. ¡Cómo no!
Si usted olvida la escena
de ayer, no es fácil, Elena,
que pueda olvidarla yo.
Recuerde usted que me halló
Cárlos en su casa oculto,
que pide sangre este insulto,
y que en tan grave momento
se me escapa el sentimiento
que en el corazon sepulto.
¡No puedo más! No es tan fuerte
mi voluntad...
ELENA. (Asustada.) ¡Qué osadia!
IGUEL. Tal vez mañana podria

hacerme callar la muerte.
Y quiero, si esa es mi suerte,
que usted conozca mi estado;
que loco, desesperado,
en el altar de mi amor,
ventura, amistad, honor,
¡todo lo he sacrificado!

ELENA. (Aturdida.)
¡Oh, silencio!

MIGUEL. (Con pasion.) ¡Eso jamás!
Cuando la pasion estalla
y rompe una vez la valla
no es fácil que vuelva atrás.

ELENA. ¡Dios santo!

MIGUEL. ¡No puedo más!
La tempestad que me agita,
esta pasion infinita,
este ardiente desvario,
rompe el cauce, á pesar mio,
y me arrastra y precipita.
Sacude el mar su melena
de crespas olas, rugiendo,
y con pavoroso estruendo
los aires asorda y llena.
Pero una playa de arena
su audaz cólera contiene...
¡Ay! ¿Quién habrá que refrene
el borrascoso ocëano
que en el corazon humano
ni fondo ni orillas tiene?

ELENA. (Asombrada.) ¡Está loco!

MIGUEL. ¡Loco, sí!
¡Si vieras cuánto he sufrido!

ELENA. ¡No sé qué hacer!

MIGUEL. He perdido
el seso, pensando en tí.
Y es mayor mí frenesí,
es mas honda mi locura,
cuando, lleno de amargura,
noto que tu amor merece
quien te engaña y se envilece
con una pasion impura.

Quien siente de otra mujer
el imperio soberano...

ELENA. (Fuera de si.)
¡Pero este hombre es tan villano
que no comprende el deber!

MIGUEL. ¡Oh! cálmate! Aun puedes ser
feliz...

ELENA. (Sobrecogida.) ¡Qué horrible asechanza!

MIGUEL. Y puesto que su esperanza
Cárlos cifra en otro amor,
hazle sentir el rigor,
el rigor de tu venganza.
¡Que sufra, como has sufrido!
¡Que llore como has llorado!
¡Que gima desesperado
en los brazos del olvido!...

ELENA. (Cada vez más alterada.)
¡Jesus! Este hombre ha perdido
el respeto y la razon.
Tan viva es mi indignacion
que no sé cómo la exprese.
¡Si no pensé que tuviese
tan podrido el corazon!

MIGUEL. ¡Elena!

ELENA. ¡Esto es inaudito!
Atentar asi al decoro
de una dama...

MIGUEL. ¡Es que te adoro!

ELENA. Si usted no se marcha, grito.

MIGUEL. Si es mi pasion un delito
duro castigo previenes,
que en cambio de tus desdenes
mañana en lucha sangrienta,
lavará Cárlos su afrenta
y yo el amor que le tienes.

ELENA. (Aturdida.) ¡Ese es un duelo insensato!

MIGUEL. ¡No tal! Que en esa jornada,
si muero, quedas vengada,
y vengada si le mato.

ELENA. ¿Y mi honor, y mi recato?

MIGUEL. ¿Y mi amor?

ELENA. En Dios confio.

Yo estorbaré el desafio,
y de Cárlos á despecho,
como escudo de su pecho
sabré anteponer el mio.
No necesito merced
de nadie...

MIGUEL. No habrá quien venza
mi pasion...

ELENA. (Marchándose precipitadamente.)
¡Tengo vergüenza
de haberle escuchado á usted! (Váse.)

ESCENA VI.

MIGUEL.

¡Malo! Se rompió la red.
¡Vive Dios que estoy corrido!
Cuando pensé haber vencido
más su entereza resalta...
¡Quedo bien! Ya solo falta
que me sorprenda el marido.

ESCENA VII.

ROMAN, deteniendo á MIGUEL á la salida.

ROMAN. Por fin, Dios sea loado!
le encuentro á usted.

MIGUEL. (Contrariado.) Pues, ¿qué pasa?

ROMAN. Dos veces he estado en casa
de usted, sin haberle hallado.
Pero ya que lo consigo,
es preciso no perder
el tiempo...

MIGUEL. ¿Y qué puedo hacer
en favor de usted, amigo?

ROMAN. (En tono despreciativo.)
¿Usted mi amigo? Jamás.
Rechazo ese honor...

MIGUEL. (Con altivez.) Espero
que explique usted...

ROMAN. Caballero,
lo dicho, dicho. No hay más.
Desdeño la hipocresia,
y como buen castellano,
jamás estrecho una mano
que no es digna de la mia.

MIGUEL. Esto es decir...

ROMAN. (Interrumpiéndole.) Es decir,
que á la verdad rindo culto.

MIGUEL. Por Cristo que de ese insulto
usted se ha de arrepentir.
Le enseñaré á que respete
mi decoro...

ROMAN. ¿Un desafío?
No conozco, señor mio,
la pistola ni el florete;
pero tengo corazon
y puños, y como estalle,
le planto á usted en la calle.

MIGUEL. (Con energia.) ¿Á mí?

ROMAN. (Decidido.) Sí, por un balcon.

MIGUEL. ¡Ira de Dios! Si no fuera...

ROMAN. Pues no me importa un ardite
que usted se calme ó se irrite,
ó tire por donde quiera,
porque para casos tales
no estoy, por ventura, inerme,
y ha tiempo que sé valerme
de mis armas naturales.

MIGUEL. (Desdeñosamente.)
Son armas que nunca ensayo:
eso es de gente villana.
Mas descuide usted. Mañana
le mandaré mi lacayo.

ROMAN. (Con tranquilidad amenazadora.)
Si es que usted forma ese empeño,
hacer lo que guste puede;
aunque es posible que quede
algo tambien para el dueño.

MIGUEL. La amenaza no me asusta,
porque si usted se propasa,
á la puerta de mi casa

le esperaré con la fusta.

ROMAN. No olvidaré la promesa.

MIGUEL. Lo veremos...

ROMAN. ¡Lo veremos!
Pero por de pronto hablemos
de lo que más interesa.

MIGUEL. (Haciendo ademan de marcharse.)
Yo no puedo consentir...

ROMAN. (Deteniéndole.)
La entrevista será corta,
y oiga usted, porque le importa
lo que le voy á decir.
Usted, por medios falaces,
ha perturbado este hogar,
—y aunque pudiera emplear
recursos más eficaces—
pretendo que usted ejerza
su deber, como hombre honrado,
antes de verme obligado
á imponérselo por fuerza.

MIGUEL. (Desdeñosamente.)
¡Por la fuerza á mí!... ¡Ya escucho!
¿Quién á tanto se resiste!
La amenaza tiene chiste.

ROMAN. (En el mismo tono.)
¡Vaya si lo tiene! Y mucho.

MIGUEL. ¡No me queda más que ver!
¡já, já, já!

ROMAN. (Gravemente.) Usted ha manchado
de este lugar el sagrado,
y el honor de una mujer.
Jóven, inocente y bella,
se ve en serio compromiso...

MIGUEL. (Con sorna.)
¡Hombre! ¿Esto más?

ROMAN. Y es preciso
que usted se case con ella.

MIGUEL. ¿Nada ménos?

ROMAN. Y es muy poco.

MIGUEL. ¡No ví más rara mania!

ROMAN. Pues mire usted, todavia
no conoce usted al loco.

MIGUEL. (Cada vez con aire más burlon.)
¡Está muy bien! Me decido
á complacerle...

ROMAN. Eso quiero.

MIGUEL. Solo falta que primero
convenza usted al marido.

ROMAN. ¡Bravo! Siga usted así.
Esto corona su infámia.

MIGUEL. ¡Pero hombre! La poligámia
no está permitida aquí.

ROMAN. (Alterado; pero reprimiéndose.)
Gasta usted donoso humor...
Mas antes de que lleguemos
á los últimos extremos,
vuelvo á apelar á su honor.
No deje usted sumergida
á esa pobre criatura
en la profunda amargura
de la mujer seducida.
Que es muy digna de merced
demostrar no necesito,
pues no tiene otro delito
que el de haber amado á usted.

MIGUEL. ¡Dichoso yo, si me amara!

ROMAN. (Irritándose.)
¿Es decir que usted lo toma
á broma? Muy bien. La broma
puede costarle muy cara.
No habrá quien mi empeño tuerza,
y pues es preciso, estoy
resuelto...

MIGUEL. (Con ironia despreciativa.)
Si no me voy
me casa usted á la fuerza.
¡Já, já, ja!

ROMAN. (Furioso.) ¡Por vida mia!
Antes...

MIGUEL. Usted no está sano.
Busque usted un cirujano
y que le haga una sangria.
Y agur. Basta de tontunas. (Saliendo.)

ROMAN. (Buscando unos papeles en su bolsillo y siguiéndole.)

¡Oiga usted! Es que no cejo.
Yo le haré ver...

MIGUEL. (Volviendo á aparecer de nuevo.)
Un consejo.
No beba usted en ayunas.

ESCENA VIII.

ROMAN, irritado.

¡Eh! ¿Se burla usted de mí?
Es que atropello por todo...
(Conteniéndose.)
Mas, ¿para qué me incomodo
si mi venganza está aquí?
(Señalando el bolsillo del pecho.)
¡Oh! La ocasion llegará,
y veremos si se arranca
el dardo...

ESCENA IX.

ROMAN, BLANCA.

ROMAN. (Viéndola aparecer.) Aquí viene Blanca.
¡Qué triste y pálida está!

BLANCA. Hace un momento he sabido
que estaba usted, y aprovecho
la oportunidad...

ROMAN. (Bruscamente.) Sospecho
que será tiempo perdido.
La defensa es natural;
mas sabe usted que no ignoro...

BLANCA. Es que exige mi decoro
una explicacion formal.

ROMAN. Es singular, á fé mia,
la explicacion que me ofrece
usted, y que hoy me parece,
á más de ociosa, tardia.
La hubiera estimado ayer
como un favor infinito;
pero ya no necesito

ni preguntar, ni saber.
Porque, pese á mis enojos
y á su silencio discreto,
me han revelado el secreto
mis oidos y mis ojos.

BLANCA. ¿Tiene usted seguridad? (Con intencion.)

ROMAN. Señora, peco de rudo
y, visto lo visto, dudo
que diga usted más verdad.

BLANCA. (Sentida.)
Extraño que usted me ofenda
de ese modo...

ROMAN. (Con ira.) ¡Me he lucido!
¡Está bien! Soy el herido
y usted se pone la venda.
¿No hubiera sido mejor
decirme en estilo llano,
renuncie usted á mi mano,
que hay de por medio otro amor?

BLANCA. ¿Es decir que usted queria
que mintiese?...

ROMAN. ¡Brava idea!
¿Cuándo quiere usted que crea?

BLANCA. ¡Siempre!

ROMAN. ¿De noche ó de dia?

BLANCA. (En tono de queja.)
¡Roman!

ROMAN. Bueno es advertir
que, habiéndome equivocado,
la estimo á usted demasiado
para obligarla á mentir...

BLANCA. (Con energia.)
Soy bastante altiva y fiera,
ingénuamente lo digo,
para aceptar el castigo
si el castigo mereciera.
Mas, cuando en esta ocasion
alzo serena mi frente,
proceda usted noblemente
suspendiendo su opinion.

ROMAN. (Sorprendido.)
¡Pues, señor, estamos buenos!

Tan intrincada es la red,
que á medida que habla usted
voy entendiéndola ménos.
¿No vino Miguel aquí
por usted citado!

BLANCA. (Con resolucion.) No.

ROMAN. Pero ¿usted no confesó
anoche su culpa?

BLANCA. Sí.

ROMAN. Ni el demonio que se entere
del enredo que resulta.
Él acude, usted le oculta,
y confiesa que le quiere.
Pero, sin embargo, no es
verdad.—¿Qué es lo que aquí pasa?
¿Qué sucede?—De esta casa
salgo para Leganés.
¡De fijo!

ESCENA X.

ROMAN, BLANCA, ELENA.

ELENA. (Agitada.) Gracias al cielo
que le encuentro á usted, Roman.
Me han dicho que usted estaba
aquí, cuando iba á mandar...

ROMAN. ¿Usted tambien está inquieta?

ELENA. Y tengo motivo...

ROMAN. ¿Cuál?

ELENA. Anoche celosa, llena
de desconsolado afan,
para conocer de Cárlos
la loca infelicidad,
cité á Reinoso...

ROMAN. (Sorprendido.) ¿Qué escucho?
¿No ha sido Blanca?

ELENA. No tal.
Fuí yo...

ROMAN. (Cada vez más maravillado.)
¿Usted?

ELENA. ¡Estaba ciega,

ciega de sospechas...

ROMAN. (Comprendiendo.) ¡Ah!

ELENA. Blanca noble y generosa...

ROMAN. (Incomodado consigo mismo.)
¡Torpe! ¿Y pude maliciar
de un ángel...

BLANCA. (En tono de queja.) ¿Ve usted más claro?

ROMAN. ¡Si no merezco piedad!

BLANCA. (Dándole cariñosamente la mano.)
¡Roman!

ROMAN. (Con alegria.) ¡Esto es perdonarme!
No lo olvidaré jamás.

ELENA. Abusando de mi estado
ha sido bastante audaz
para hablarme de su amor...

BLANCA. ¡Vamos! ¿Te convences ya?

ROMAN. Ahora me explico su tono.
¡Tunante! Era natural
que me hablase del marido,
de la poligámia y la...

ELENA. Y Cárlos está celoso
y yo no puedo mediar,
porque cuanto más le diga
más sus dudas crecerán.
Y tienen pendiente un duelo,
y Miguel se vengará
de mis desdenes... ¡Dios mio,
qué posicion tan fatal!
Es diestro en las armas.

ROMAN. Pero
sabe Dios si reñirán.
Puede hallarse algun camino...

ELENA. ¡Imposible...

ROMAN. Usted verá.

ELENA. ¡Sí, aunque Cárlos no merezca
mi amor, no debo olvidar
que es mi esposo! Si aunque ingrato
falte al amor conyugal!...

ROMAN. (Confuso.) ¿Quién sabe? Á veces...

ELENA. No cabe
duda alguna: su maldad
es cierta. Me lo ha contado

Reinoso, todo.

BLANCA. ¿Y harás
caso de quien se ha atrevido...

ROMAN. No debe usted confiar...
¿Y qué dice?

ELENA. Que sujeto
por un amor criminal,
sus juramentos olvida
á los pies de una beldad.

BLANCA. Ni siquiera sabe el nombre
de esa mujer...

ROMAN. (Con seguridad fingida.) ¿No? ¡Bah, bah!
¡Mentira!

ELENA. No me lo ha dicho.

ROMAN. ¡Pues qué! si fuera verdad,
se ignorara *quién es ella*
en toda la capital?
Un banquero conocido...
¡Pues es poco suspicaz
la murmuracion!

ELENA. Hay pruebas.

ROMAN. No sé... (¿Qué pruebas serán?)

ELENA. Su turbacion, su recelo,
cuando llegó á sospechar
que yo...

ROMAN. Pero... ¿ha confesado?

ELENA. ¡Hombre, no faltaba más!

ROMAN. ¡No ha confesado! (Esto aun puede
tener remedio...) ¡Já, já!
¿Por lo visto usted le acusa
fiada en la autoridad
de un miserable?

ELENA. Si digo...

ROMAN. ¿Cómo, usted tan perspicaz,
se ha dejado de ese modo
crédulamente engañar?
¿Qué duda tiene? Excitando
los celos de usted, habrá
pensado ese mal nacido
obtener...

BLANCA. ¡Qué indignidad!
Ya te lo dije!...

ELENA. (Vacilando.) Si todas
las apariencias están
contra Cárlos?...
ROMAN. ¿Quién se fia
del capricho y del azar?
¡Las apariencias? Acaso
no son tantas. Ademas,
si únicamente por ellas
nos dejaramos llevar,
¿no fuera usted condenada?
¿no ha habido oculto un galan
en esta casa? ¡Si á veces
engaña la realidad!
¿No he visto á Blanca confusa
y trémula confesar
que era culpada, y no serlo?
BLANCA. Es cierto...
ROMAN. ¡Quiere usted más?
ELENA. Pero ¿y la cuenta?...
ROMAN. Podria
ser de algun corresponsal...
Él me refirió...
ELENA. (Resistiéndose.) ¡Lo dudo!
ROMAN. No insisto. Tal vez será
lo que usted malicia...
ELENA. Inquieto,
torpe, mudada la faz,
en mi presencia le he visto
casi sin poder hablar.
¿No es prueba bastante?
ROMAN. No.
Digo, no pensando mal...
¿Qué extraño tiene que un hombre
no sepa por dónde va,
si le salen al encuentro
tan de sopeton y tan...
Y luego las circunstancias,
los compromisos y las...
(¡Ay! se me traba la lengua.
¡Qué mentir!) Ello dirá.
BLANCA. Mira bien... Quizás te engañes.
Puede...

ELENA. (Indecisa.) ¡No sé qué pensar!
Pero, ante todo, es preciso
para mi tranquilidad,
que ese desafio...

ROMAN. Empeño
á usted palabra formal,
de hacer cuanto pueda...

ELENA. (Apretándole con efusion la mano.)
¡Oh, gracias!

BLANCA. Usted lo conseguirá.

ELENA. Y, si posible no fuese,
le ruego por caridad
que me avise...

ROMAN. Lo prometo.

ELENA. (Recelosa.)
¿De veras?

ROMAN. (Gravemente.) No soy capaz...

BLANCA. (Que ha subido hasta la puerta del fondo, volviendo.)
¡Ya vuelve Cárlos!

ROMAN. (Á Elena.) Conviene
que no nos llegue á encontrar.

ELENA. (Enjugándose los ojos.)
Bien, me voy.

ROMAN. (Deteniendo á Blanca.) Una palabra.
Es necesario á mi plan
que nada vea ni escuche.

BLANCA. Ni verá ni escuchará.

ROMAN. Pues entónces, calma. Corre
de mi cuenta lo demas.

ESCENA XI.

ROMAN, despues CÁRLOS.

¡Ay, señor! cómo he mentido!
Es una barbaridad;
pero mi intencion es buena,
y si logro...

CÁRLOS. (Entrando con aire abatido.)
¡Hola, Roman!

ROMAN. Supongo que muy temprano

recibirás...

CARLOS. Jamás
olvidaré lo que has hecho.
Y no sé...

ROMAN. ¿Quieres callar?

CARLOS. Citado por mí á las doce
ese tunante vendrá,
y ajustaremos las cuentas.

ROMAN. Me parece que tendrás
prudencia...

CARLOS. (Con ira reconcentrada.) ¡Mucha!

ROMAN. No quiero
que cometas un desman.

CARLOS. ¡Descuida, descuida!

ROMAN. ¿Sabes
que soy muy feliz?...

CARLOS. Me das
satisfaccion muy cumplida.

ROMAN. He podido averiguar
que Blanca...

CARLOS. (Alterado.) ¿Qué?

ROMAN. Es inocente.

CARLOS. ¿No citó á Reinoso?

ROMAN. ¡Cá!...
Fué tu mujer...

CARLOS. (Lleno de ira.) ¡Vive el cielo!
¿Te parece regular
arrojarme así á la cara
mi propia ofensa?...

ROMAN. (Tranquilamente.) No tal.
Si no hay ofensa ninguna.

CARLOS. ¡Que no la hay!

ROMAN. ¡Claro, no la hay!
¿Es extraño que tu esposa,
llena de amarga ansiedad
de tus locos devaneos
se procurara enterar?...
Habló con él, tú llegaste,
y como os hallabais ya
reñidos, fué necesario
que se ocultara...

CARLOS. (Con impaciencia.) ¿Y qué más?
ROMAN. Lo demas lo sabes tú.
Blanca, amante de la paz,
sorprendida de improviso...
Pero en fin, lo principal
de todo, es que ese canalla
ha faltado á tu amistad.
Y que no solo ha tenido
el valor de revelar
tu falta, si no que osado...
CARLOS. (Furioso.) ¡Oh!
ROMAN. (Viendo aparecer á Miguel.)
¡Silencio! Ya sabrás...
(¡El demonio nos lo envia.)
(Observando la agitacion rencorosa de Cárlos y procurando calmarle.)
¡Hombre, ten tranquilidad...

ESCENA XIII.

DICHOS, MIGUEL, ROMAN apartándose á un lado.

MIGUEL. (Acercándose.)
Deploro que mi visita
turbe la conversacion...
CARLOS. (Disimulando difícilmente su cólera.)
No tal.
MIGUEL. Mas las doce son,
y es á las doce la cita.
CARLOS. ¡Le esperaba á usted!
MIGUEL. Creí...
CARLOS. ¡Si la impaciencia me abrasa!
Si cada instante que pasa
es un siglo para mí!
MIGUEL. Por mi parte estoy dispuesto...
CARLOS. Siéntese usted.
MIGUEL. (Tomando asiento.) No rehuso.
CARLOS. Usted en mi Caja impuso
treinta mil duros. ¿No es esto?
MIGUEL. Sí.
CARLOS. Con la puntualidad
debida, cada tres meses

cobró usted los intereses
devengados...

MIGUEL. Es verdad.
La exactitud del banquero
superó á mis esperanzas.

CARLOS. (Con energía.)
Suprima usted alabanzas,
que ni estimo ni tolero...

MIGUEL. ¡Ese tono!

CARLOS. (Interrumpiéndole.) Es menester
para liquidar la cuenta,
añadir otros sesenta
mil reales: los de Samper.
Pagados por órden mia,
como es justo que confiese,
para que usted cometiese
la mas torpe felonia...

MIGUEL. (Levantándose.)
¡Vive el cielo!...

ROMAN. (Conteniéndolos.) No se trata
de eso.

MIGUEL. ¡Juro por quien soy!—

CARLOS. (Con calma amenazadora.)
¡Se altera usted porque estoy
formando el CARGO Y LA DATA?

MIGUEL. (Dominándose.)
Bien, prosiga usted...

CARLOS. (Secamente.) Concluyo.
De lo cual, si usted consulta
sus propios datos, resulta
que hay un saldo á favor suyo,
de medio millon y ciento
sesenta mil reales.

MIGUEL. Es
la cuenta.

CARLOS. ¿Quedamos pues
convenidos?

MIGUEL. No disiento.
Los guarismos son verdad.

CARLOS. Hoy quedo expedito y franco
con este talon de Banco
que importa esa cantidad. (Dándoselo.)

Ponga usted que recibió
toda la suma...

MIGUEL. ((Firmando un recibo.) Está hecho.

CARLOS. (Con feroz alegria.) Mi débito he satisfecho.
¡Está usted pagado!

MIGUEL. (Levantándose con ira) No!

CARLOS. (Sorprendido.) ¿No?

ROMAN. (Con inquietud.) ¿Qué dice?

MIGUEL. Me parece
que no está todo resuelto,
con que usted haya devuelto
lo que no le pertenece.
No me daré por pagado
sin que haya usted respondido
del ultrraje que he sufrido,
pero que no he perdonado.

CARLOS. (Fuera de sí.) ¡Ah! Sí señor, sí señor!
¡Si no he vengado la afrenta
porque usted puso esa cuenta
por encima de su honor!
¡Si ya no puedo atajar
la indignacion que me mueve!
¡Si usted es el que me debe
y no me puede pagar!

MIGUEL. (Irritado.) ¡Veremos!

CARLOS. (Con desprecio.) ¡Cuenta perdida!
Aunque usted el alma exhale
en la contienda, ¿qué vale
esa miserable vida?
¿Mi mayor satisfaccion
será cruzarle la cara...
(Dirigiéndose hácia él en ademan amenazador.)

ROMAN. (Conteniéndole.)
¡Oh! qué haces, Cárlos? Repara
dónde estás.

CARLOS. (Reponiéndose avergonzado.) ¡Tienes razon!

MIGUEL. (Desencajado.) Á nuestros pies un abismo
abre esa injuria cruel.

CARLOS. (Marchándose y haciendo inútiles esfuerzos para sosegar su ira, á Roman.)
Mira, entiéndete con él,
porque me temo á mí mismo.

¡Á muerte!

ESCENA XIII.

MIGUEL, ROMAN.

MIGUEL. Á muerte será.
Ya no queda otro camino.
Esta tarde mi padrino
con usted se avistará.
Juro que será mayor
que la injuria el escarmiento.
Pronto ha de ver...
ROMAN. (Deteniéndole.) Un momento.
MIGUEL. ¿No he dicho ya?...
ROMAN. Sí señor.
Ha hablado usted de tal suerte
que ninguna duda cabe.
Siendo la ofensa tan grave
el duelo ha de ser...
MIGUEL. ¡Á muerte!
ROMAN. ¡Muy bien! Mas como podria
la suerte de usted ser mala,
que uno dispara la bala,
y el demonio es quien la guia,
y no me gusta á merced
estar de ningun fracaso...
MIGUEL. ¿Y aunque muera?...
ROMAN. Por si acaso,
quiero que me pague usted.
MIGUEL. (Con sorpresa.)
¿Qué es eso?
ROMAN. (Sacando con calma la cartera.)
Vamos por puntos.
MIGUEL. Yo no debo permitir...
ROMAN. No se querrá usted morir
sin arreglar sus asuntos.
Primer papel.—Escritura
de depósito.—Cuarenta
mil duros...
MIGUEL. (Inquieto.) ¿Usted intenta
asustarme?...

ROMAN. ¡Qué locura!
¿Yo, por qué le he de asustar?
MIGUEL. (Agitado.) Quien sus deudas satisface,
no teme...
ROMAN. (Friamente.) Dos años hace
que ha debido usted pagar.
Y hubiera esperado siete
el buen don Luis de los Rios,
que á fuerza de ingenio y brios
usted le puso en un brete.
Eso que, á decir verdad,
don Luis la estimaba tanto,
que me la ha vendido...
MIGUEL. (Con curiosa incertidumbre.) ¡En cuánto!
ROMAN. En ménos de la mitad.
Más.—Tres pagarés cumplidos,
que en la plaza no son raros.—
(Mostrándoselos tambien.)
No me han costado muy caros...
MIGUEL. (Con rabia.) ¡Oh!
ROMAN. Los daban por perdidos...
MIGUEL. (Con forzada serenidad.)
Observo que usted se afana
por mis negocios.
ROMAN. (Con sosiego.) No tal.
Mas gasto mi capital
en lo que me da la gana.
MIGUEL. Duplicaré el interés
si usted espera...
ROMAN. No puedo.
MIGUEL. (Con ira.) ¿Y mi honor?
ROMAN. ¿Y cómo quedo
si á usted le matan despues?
MIGUEL. (Afanoso.) Pero oiga usted!...
ROMAN. Nada escucho.
Luego que mi cuenta ajuste,
muérase usted cuando guste,
que no perderemos mucho.
MIGUEL. ¡Vamos! quiere usted quizás,
el talon en garantia. (Alargándosele.)
ROMAN. (Tomándole.)
¡Venga! Pero todavia

me debe usted mucho más.

MIGUEL. ¡Esta es una estratagema,
miserable, es una red!...

ROMAN. (Con sorna.)
¡Pero hombre! ¿Se extraña usted
de que siga su sistema?

MIGUEL. (Resuelto.)
En defensa de mi honor,
y atropellando por todo,
reñiré...

ROMAN. De ningun modo:
está usted en un error.
Mis intentos son formales.
Si no completa la suma
que me debe...

MIGUEL. ¡Usted me abruma!

ROMAM. Acudo á los tribunales;
y ademas, si me fastidio
del giro de estos negocios,
para entretener mis ocios
le mando á usted á presidio.

MIGUEL. ¿Hay mayor iniquidad?

ROMAN. Pues si ese registro toco,
no va á divertirse poco
la elegante sociedad!

MIGUEL. No irán los asuntos mios
por esa senda.

ROMAN. ¿No?

MIGUEL. (Con resolucion.) ¡No!

ROMAN. (Con tono despreciativo.)
¿Usted me amenaza? Yo
no soy don Luis de los Rios.
Bien pronto lo hemos de ver.
(Hace ademan de salir.)

MIGUEL. (Reprimiéndose y deteniéndole.)
Usted no lo ha meditado
bien. Mendoza me ha ultrajado,
y no es posible ceder.
Mi honra, mi reputacion
piden...

ROMAN. (Con desden.) ¿Y usted qué me cuenta?
No es Mendoza quien le afrenta,

es su mala inclinacion.
Segun usted, no se infama
quien obra en silencio mal,
y ninguno es criminal
hasta que otro se lo llama.

MIGUEL. (Confuso.) Pero...

ROMAN. (Con entereza.) El hombre bien nacido
siente, cuando en ello piensa,
más que recibir la ofensa
el haberla merecido.

MIGUEL. ¿Es leccion?...

ROMAN. Es la verdad.
Con falso y pérfido objeto
ha hollado usted el respeto
que se debe á la amistad.
Ha turbado la quietud
de una alma pura y serena,
ha querido usted de Elena
vencer la altiva virtud.
¡Y en ese torpe capricho,
en esa necia porfia,
nada vergonzoso habria
si no se lo hubieran dicho!...
¿No es eso?

MIGUEL. (Confuso.) Estoy agraviado.

ROMAN. ¡Qué moralidad tan rara!
Pues porque usted le matara
seria usted mas honrado?
Pero, en fin, no hablemos de eso:
esta es cuestion concluida.
Usted me paga en seguida
ó mañana le proceso.
Y hoy sabe la córte toda
quién es.—(¡Le cogí en el lazo!)

MIGUEL. (Asustado.)
¡Oh! no. Deme usted un plazo.
¡Por favor!

ROMAN. (Reflexionando.) Bien, me acomoda.
Mas con una condicion.

MIGUEL. (Con ansiedad.)
¿Cuál es?—El plazo de un año!—

ROMAN. Que usted que produjo el daño,

realice la curacion.
MIGUEL. ¡Imposible!
ROMAN. ¡Pues proceso
al canto!
MIGUEL. (Vacilando.) ¡Yo?... Pero cómo?
ROMAN. Usted, que es hombre de aplomo,
puede explicar el suceso.
No ha de faltarle un ardid.
MIGUEL. ¿Qué dirán de mí?
ROMAN. (Con desden.) Usted gana.
Más pueden decir mañana
los ociosos de Madrid.
MIGUEL. (Reflexionando y sentándose al lado del velador.)
Quizá una carta... ¿y á quién?
Mi caracter no se presta... (Fluctuando.)
ROMAN. (¡Cuánto trabajo le cuesta
parecer hombre de bien!)
MIGUEL. (Poniéndose á escribir febril, deteniéndose de pronto y arrojando la pluma.)
¡No puedo!
ROMAN. Pues basta ya.
¿Quién por tan poco se apura?
—Conoce usted por ventura
el presidio de Alcalá!—
MIGUEL. ¡No hay remedio! (Decidiéndose.)
ROMAN. Cierro el trato.
Le doy un año de espera.
MIGUEL. (¡Qué humillacion!)
ROMAN. (¡Quién creyera
que el raton cazase al gato?
MIGUEL. (Dándole la carta que ha escrito.)
¿Está bien?
ROMAN. (Despues de haberla leido.) ¡No lo ha de estar!
¡Cómo de usted!
MIGUEL. (Doblándola.) Pongo el sobre.
ROMAN. (¡Así logro que recobre
Cárlos la paz de su hogar.)
Para acabar, señor mio:
daré por roto el convenio
si usted no templa su génio
é insiste en el desafio.
MIGUEL. (Marchándose, con ironia amarga y reconcentrada.)

Agradezco la merced
que usted me hace, una y mil veces,
y ¡vive Dios! que con creces
juro pagársela á usted!...

ROMAN. (Con sorna.)
Cuando usted quiera!

ESCENA XIV.

ROMAN, solo.

¡Ah! vencí!
El júbilo me enagena.
¡Qué impaciente estoy! (Llamando.) ¡Elena!
¡Cárlos!

ESCENA XV.

ROMAN, CÁRLOS, ELENA, BLANCA.

CARLOS. ¿Me llamabas?
ROMAN. Sí.
ELENA. ¡Qué ocurre?
ROMAN. (Satisfecho.) Que hablé con él
y que á la razon se aviene.
BLANCA. ¡Cómo! Ha desistido...
ROMAN. ¡Tiene
mucha conciencia Miguel!
Todo está arreglado.
CARLOS. (Con sorpresa.) ¡Todo?
ROMAN. Gracias al influjo mio.
CARLOS. (¿Vas á hablar del desafio
delante...)
ROMAN. De ningun modo.
Ante la voz del deber,
de toda gestion se aparta,
y me ha entregado esta carta
para tí...
ELENA. (Impaciente.) ¡Una carta!
CARLOS. Á ver...
(Asombrado, despues de haberla leido.)
No lo creyera jamás.

¡Vamos! Mentira parece.
Solo por esto merece
que le busque...

ROMAN. (Con firmeza.) No lo harás.

CARLOS. No quiero satisfaccion
ninguna...

ROMAN. Tu enojo enfrena.

CARLOS. ¡Nada!

ROMAN. (Dando á Elena la carta que estruja Cárlos.)
Que decida Elena
si tienes ó no razon.

ELENA. (Despu s de leer.)
¡Oh!

BLANCA. (Con curiosidad.)
¿Qué es eso?

ELENA. ¡Qué maldad!
No he visto cosa más rara.
En esta carta declara
que no ha dicho la verdad.

BLANCA. (Sorprendida.)
¿Eso dice?

CARLOS. Estoy resuelto
á castigar su osadia.

BLA'CA. (Á su hermana.)
(¿Lo ves? Es que pretendia
pescar á rio revuelto.)

ELENA. (Recelosa.)
Si no tiene explicacion!
¡Si te he visto tan turbado...

CARLOS. (Disculpándose.)
¡Como me ví amenazado
de una falsa delacion!...

ELENA. Mas ¿y el aderezo, dí?

CARLOS. —Encargo de Marcoleta.—
Debe estar en mi gaveta
la carta que recibí.
Despues te la enseñaré.
—Donde le encuentre, te aviso
que le mato.—

ELENA. (Agitada.) ¡No es preciso!
¡Te creo! (Vigilaré.)

ROMAN. (Aparte á Cárlos.)

Juzgo que no volverás
á incurrir...

CARLOS. (Á Roman.) No soy tan ciego.
Mas cómo has podido...

ROMAN. Luego
te diré...

ELENA. (Á Cárlos.) ¡No reñirás!

CARLOS. Mira que es mucho exigir!
¡Es tan profundo mi encono!

ELENA. Solo á ese precio perdono
lo que me has hecho sufrir.

CARLOS. Si te empeñas se acabó!
(Receloso.)
¡Dame un abrazo!

ELENA. (Estrechándole.) ¡Bien dices!

ROMAN. Aquí todos son felices,
todos, Blanca, ménos yo.

BLANCA. (Tímidamente.)
Es justo que satisfaga
mi deuda...

ROMAN. (Enajenado.) ¡Dios soberano!

ELENA. (Á Blanca.) Y harás bien!

BLANCA. (Alargándole la mano, que Roman besa con efusion.)
¡Esta es mi mano!

ROMAN. ¡Oh placer!

BLANCA. (Sonriendo amorosamente.)
¡QUIEN DEBE PAGA!

ELENA. Hay quien tiene la imprudencia
de olvidar torpe y ligero,
ó sus deudas de dinero
ó sus deudas de conciencia.
Y se forja la ilusion
de que es insolvente, cuando
está el infeliz pagando
con su propia estimacion.
Porque todo el que se atreve
á prescindir del deber,
se expone siempre á perder
mucho más de lo que debe.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 3 de Octubre de 1867.

El censor de teatros,

NARCISO S. SERRA.

h.

Zuien sebe paga.

CATÁLOGO

DE LAS

OBRAS QUE TIENE ESTA CASA Y EN VENTA

POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

	Reales
El Rey de Sierra Morena, dos tomos	98
El Chato de Benamejí, dos id	60
Los Esclavos Blancos, dos id	50
El Cid Campeador, tres id	60
El Rey del Puñal	81

POR D. RAFAEL BENITEZ CABALLERO

El Barquero de Cantillana, dos tomos	72

POR D. ANTONIO DE SAN MARTIN

Neron, dos tomos	58

POR D. RAMON ORTEGA Y FRIAS

Un Reinado de Maldades, dos tomos	32

POR A. DE LAMARTINE

Hernan Cortés	110

POR D. FLORENCIO LUIS PARREÑO

El Héroe y el César, dos tomos	53
La Inquisicion, el Rey y el Nuevo Mundo	78
Los Invencibles, el Monarca y la Hoguera	64
Jaime Alfonso, el Barbudo, dos tomos	60
El Martirio de la Virtud	52
El Rey Chico, la Gran Reina, y los Españoles de Antaño	54
Pedro el Temerario	98
El Crímen Sacrílego	77
El Cáncer de la Vida	88

EN PUBLICACION

Cristóbal Colon.
El Rey Maldito.
José María el Tempranillo.
Pedro de Alvarado.
Una Lágrima de Sangre.

A todas estas obras se admite suscricion y se reparten por cuadernos semanales de á uno y dos reales, con magníficas láminas al cromo.

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID: En casa de su editor, calle de San Rafael, número 9, bar- o de Pozas, y en las principales librerías.—PROVINCIAS: En casa de s señores corresponsales de la empresa.—MÉXICO: J. F. Parres y mpañía.—BUENOS-AIRES: A. Rembado, Lima, 80.—PUERTO-RICO ...